A consecuencia del aumento de precio que han experimentado los trabajos de artes gráficas—imprenta, encuadernación, fotograbado—desde primero de año, nos resulta insostenible, a pesar de la gran tirada que un éxito excepcional ha proporcionado a esta publicación, el precio a que actualmente se vende.

Por consecuencia, nos vemos precisados a elevar también nuestro precio—desde el número 9—a **1,25 pesetas**, lo que todavía constituye un verdadero alarde, sin precedentes y sin comparación hoy por hoy, dada la calidad e importancia de esta publicación, en la industria editorial española.

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

7

A. MARTIN DE LUCENAY

DELEITES SENSUALES

Análisis del temperamento.—La sensibilidad de la mujer.—Signos externos del temperamento sexual.—Técnica del coito.—Los diversos fenómenos del coito.—Ventajas e inconvenientes del coito.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
FEBRERO 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP. ZOILA ASCASIBAR.-MARTIN DE LOS HEROS, 69.-MADRID

PRÓLOGO DEL TEMA

LA palabra "sensualidad" no define siempre ni abarca en su enunciado de una manera estricta a cuanto se relaciona con los placeres del sexo. "Sexual" es una cosa, y "sensual" es otra. Las doctrinas ascéticas y hasta las prescripciones teológicas del catolicismo, tendían a excluir, inexorablemente, la sensualidad en las funciones sexuales de la reproducción. El ayuntamiento de un matrimonio autorizado por la Iglesia como única fuente de leyes inviolables, prescindiendo en absoluto de las más elementales de la Naturaleza, no se instituyó ni estructuró para otra cosa que no fuese la multiplicación y perdurabilidad de la especie humana: asociar a esos actos fríos y sistemáticos la voluptuosidad, la sensualidad, constituía, cuando menos, un pecado venial. No podían existir otros goces que los del espíritu, y eso con el pensamiento puesto siempre en la omnipotencia y la magnanimidad de ese Dios que quieren pintarnos, que no es, ni mucho menos, el verdadero.

Dice la Academia que "sensual" es aquello que se refiere a los goces de los sentidos. Naturalmente, cuando vemos que todos los sentidos participan del acto sexual, la acepción debe admitirse sin discusión; pero es que también hay otros deleites corporales que para nada se relacionan directamente con el sexo, no siendo, por lo tanto, sexuales, pero sí sensuales. Todos los sentidos, del cuerpo y del alma, están sujetos a experimentar las influencias emotivas de innumerables agentes externos. Luego, para resumir, puede decirse que es sensual todo aquello que impresiona favorablemente a la perceptibilidad de cualquier sentido.

Ahora bien, aunque nos proponemos analizar la sensualidad, *lo haremos sólo en aquellos aspectos que más íntimamente se relacionan con los placeres sexuales; esto es, con la* sexualidad, *y entonces comprobaremos que la relación existente entre ambos enunciados es tan próxima, que a veces resulta verdaderamente difícil definir los límites donde uno acaba y el otro empieza.*

Otra cuestión que siempre se ha prestado a interpretaciones erróneas, es lo que se refiere al análisis del temperamento sexual del individuo. Un hombre, según lo que haya observado en la actitud de una mujer con la que ha mantenido relaciones íntimas, se cree autorizado a enjuiciar acerca del temperamento, de la capacidad erótica, mejor dicho, de aquella mujer. Pero ello es muy aventurado, y a no ser que se trate de casos patológicos, de ninfomanía o frigidez, por ejemplo, hay que tener en cuenta que no todos los hombres son capaces de despertar emociones idénticas en una misma mujer, en cuyo caso, mal puede admitirse una opinión tan ligera.

El temperamento, la capacidad erótica, tienen también sus signos externos que no siempre resultan fáciles de apreciar: ello ocurre lo mismo en un sexo que en otro. Y otro tanto sucede con lo que se refiere a la intensidad de las emociones sexuales, cuyos diversos grados ofrecen muy significativos aspectos dignos de estudiarse, tanto en el aspecto físico como en el psicológico de la cuestión.

Todas estas facetas son importantísimas desde el punto de vista de la higiene en la práctica de los deleites, ya que una manifestación defectuosa puede irrogar tantos peligros como una interpretación excesiva de la capacidad sexual de los amantes. Luego sabiendo cuáles son los límites justos y razonables, no hay duda que, adaptándose a un método prudente, la función puede llevarse a cabo con todas las garantías precisas para no tener nada que temer en las incursiones que se realicen por el campo amplísimo y vario de la erótica normal.

Estamos seguros que el lector comprenderá perfectamente nuestras explicaciones, muy sencillas por otra parte, y casi sin necesidad de otras aclaraciones, serán suficientes para resolver cualquier duda que al respecto pudiera abrigarse. Naturalmente, no hemos prescindido del valor documental de ciertas investigaciones realizadas por los tratadistas más famosos, a las que pondremos nuestro comentario como complemento necesario, ya que con algunas teorías que hasta llegaron a hacerse célebres, no podemos mostrar nuestra conformidad absoluta.

BIBLIOTECA DE JUAN BRAVO Y CANO

ANALISIS DEL TEMPERAMENTO

Constitución y temperamento. — Glándulas de secreción interna. — Mayor subordinación de la mujer. — Inestabilidad tiroidea. — Diferencias con la histeria.—Las suegras.—Masculinización de la mujer.—Las toaletas deportivas.—Un caso.—La iniciación precoz: ventajas e inconvenientes.—Cuidado con las nodrizas. — Niñas iniciadas por hombres.—Contrastes bruscos.—La mujer sentimental y el hombre egoísta.

No es posible, en manera alguna, realizar un análisis del temperamento del género humano, comprendiendo esta investigación a todas las características morfológicas en que es tan abundante.

Cuando el doctor Vachet escribió sus ensayos sobre este tema, estableció una relación muy íntima entre la constitución y el temperamento, puesto que no hay duda que el psiquismo sigue todas las suertes de evolución del desarrollo orgánico.

No es posible prescindir de la influencia decisiva que ejercen las secreciones de las glándulas internas, sosteniendo, refrenando o acelerando la excitabilidad nerviosa o mental del sujeto, suscitando, por lo tanto, con más o menos fuerza sus necesidades y sus instintos, que es lo que determina, por un lado, la capacidad del esfuerzo, y por otro, el límite a que éste llega, iniciándose entonces la fatiga o el cansancio.

A la vez, ha de tenerse en cuenta de un modo invariable, que bajo la influencia de causas patológicas de gran diversidad, esas secreciones internas son susceptibles de modificarse en sus funciones, tanto por exceso como por defecto, lo que da lugar a la natural variabilidad de las tendencias individuales.

Resumiendo esta breve exposición inicial, podemos decir que los caracteres de la mentalidad sexual del género se hallan subordinados a la secreción del testículo en el hombre y a la del ovario en la mujer. Ahora bien: como estas secreciones no se encuentran aisladas ni ejercen, por lo tanto, una función autónoma, justo es reconocer que

hayan de estar supeditadas e íntimamente ligadas al resto de las secreciones de toda la economía.

Afirma Vachet que por esta razón el carácter de un individuo de un sexo no se define únicamente por las modalidades de sus secreciones testiculares u ováricas. Toda una parte del carácter es común a ambos sexos, por hallarse expuesta a la influencia de las mismas secreciones internas, la tiroidea, la hipofisaria, la suprarrenal, etcétera.

La mujer se halla más sujeta que el hombre a los resultados de la secreción de sus glándulas, especialmente de la tiroides, cuyos efectos son perfectamente conocidos. El doctor Leopoldo Levy ha demostrado que es la glándula de la rapidez, de la nerviosidad, de la juventud.

En la mujer, los síntomas de una secreción escasa o excesiva o simplemente irregular, se presentan con intermitencias capaces de provocar el confusionismo en aquellas personas que viven a su alrededor, que no llegan a comprender la razón de esos estados, que no son perpetuos, sino caprichosos, petulantes y coléricos hoy, tristes, huraños, insípidos y fatigados mañana.

Las siguientes definiciones del doctor Levy creo que ilustran completamente la inestabilidad tiroidea de una mujer.

"La señorita Capricho es difícil de seguir. Es como la veleta que gira a merced del viento. Su humor es voluble, plácido a veces, a veces como el mar embravecido. Dulce por lo general, se deja dominar a menudo por cóleras inexplicables, alborota, se excita, y luego se calma rápidamente. No se sabe cómo le recibirá a uno. Si se ha levantado con buen pie, está de buen humor. Habla con vivacidad, escucha ávidamente: el asunto le interesa. De pronto, como si una imagen surcara su cerebro, se calla, se queda triste, se pone tonta. Baila de alegría como un chiquillo por insignificante placer, se eleva fácilmente hasta el pináculo; pero súbitamente desciende hasta lo más hondo. Se siente de súbito con alas, capaz de echar a volar. Otras veces permanece a ras de tierra, tiene desalientos incomprensibles. Adora las cosas y las gentes, para quemar luego lo que ha adorado. Recuerda la goma elástica, tan pronto tensa como distendida.

"A veces, incluso en determinados días del mes, hace escenas, lanza gritos, profiere injurias, se ensaña con las cosas y con las personas. De una curiosidad extemporánea a menudo, es en otros momentos indiferente a todo. El fondo de su naturaleza es más bien triste. Pero si es arrastrada por unos amigos, batirá el *récord* de la alegría. Sus aficiones varían constantemente. Idolatra "lo antiguo",

que no tarda en no poder sufrir. Vende todos los muebles que le agradaban ayer. Los platos que con más fruición comía no puede soportarlos al poco tiempo, y es menester cambiar sin cesar sus menús e incluso a veces de cocinera. Si se va de veraneo, ¡qué entusiasmo!, y a los pocos días, en el país que la ha encantado, ya no puede verse "ni en pintura". Espera a unos amigos con impaciencia, y, no bien han llegado, quisiera que se marcharan todos a paseo. Es absoluta en su conversación, forzada en sus bromas, apasionada en sus afectos, que varían con harta frecuencia."

Todos estos síntomas, que tanto se asemejan a los de la histeria, son, no obstante, fáciles de diferenciar, aunque se necesita de cierta perspicacia clínica para no confundirlos. La principal diferenciación está en que la histérica es dinámica, siempre activa y siempre dispuesta a todo, en tanto que estas otras enfermas se muestran apáticas, perezosas, desganadas y faltas de resolución para cualquier empresa.

Con relación a la función sexual, puede decirse que su temperamento es frígido, puesto que no siente con exceso llamada alguna a su sensualidad.

Además del tiroides, existe otra glándula, la *hipófisis*, cuya función contribuye especialmente a regular el crecimiento, hallándose situada en la base del cerebro e inmediata a la intercesión de los dos nervios ópticos. Cuando su función es escasa, el individuo sufre un tardío desarrollo propendiendo al infantilismo, lo mismo que una secreción excesiva produce efectos contrarios.

Tanto en la mujer como en el hombre, y más comúnmente en la primera, se produce un estado de frigidez, que contrasta notablemente con el desarrollo excesivo del clítoris, los pequeños labios y la vagina.

Al exceso de secreción de la glándula hipófisis deben su temperamento esas mujeres de tipo hombruno, autoritarias, dominantes y, por lo general, aparentemente religiosas, que se dedican con preferencia a la práctica de obras pías. En el lenguaje castizo del pueblo se las denomina "machorras", y, en efecto, no cabe duda que presentan todas las características morfológicas del tipo atlético. Su carácter violento y enérgico contiene rasgos de una bien definida masculinidad, y cuando las necesidades sexuales aparecen en su temperamento, puede decirse, en justicia, que son castas, pero eligen para el matrimonio a hombres débiles y de pequeña estatura que no cambiarían por otro más a tono con su talla y su temperamento.

Dice Vachet que no es raro ver instalarse elementos morfológicos y psicológicos de esta especie en las mujeres cuando es llegada la hora de la menopausia o supresión de las reglas periódicas, a lo que se debe en parte, afirma, "el autoritarismo de las suegras". Claro es que cuando una mujer de este temperamento se encuentra con un yerno de carácter, la menopáusica se convence fácilmente de su relativa feminidad, que la induce a someterse, de grado o por fuerza, a los razonamientos de la mentalidad superior del yerno.

A este respecto, el doctor Levy cita el caso de una cliente suya, a la que habían apodado "el Comandante". Refiere dicho doctor que habiendo nacido con insuficiencia hipofisaria, asistió hacia el período de la menopausia a la transformación de su carácter. "Ella — dice —, que hasta entonces era dulce como un cordero, sintió que se volvía autoritaria. Al mismo tiempo, se le hizo insoportable su marido, por lo que se divorció, casándose después con un hombre más joven que ella y de carácter débil. Ella es la que lleva los pantalones en el nuevo hogar. Esta mujer siente que se le ha hecho difícil la vida; hasta tal punto tiene necesidad de autoridad. Un dato de capital importancia es que, paralelamente, se ha producido una transformación al nivel de las cavidades de la cara, que han aumentado, y sus pies, que eran pequeños, puesto que calzaba el treinta y seis, le han hecho necesario usar el número treinta y ocho."

Hay otra glándula de secreción interna, la suprarrenal, que tiende a desarrollar caracteres masculinos. Están situadas encima de los riñones, y una de sus más conocidas sustancias de secreción es la adrenalina, que tiene la propiedad esencial de excitar el sistema nervioso simpático, que preside las funciones de la vida vegetativa. Las modificaciones que en la economía causa esta secreción se manifiestan en diversos síntomas que no nos detenemos a analizar, pero que pueden traducirse por un estado de continua pereza.

Cuando la secreción, por el contrario, es abundante, produce efectos diametralmente opuestos, caracterizados por un aumento de actividad, de energías, de irritabilidad y actitudes violentas. Se ha comprobado que cuando a las ratas se las hace injerir fuertes dosis de extracto suprarrenal se pelean, se matan y se devoran unas a otras. Puede decirse que la glándula suprarrenal es el mayor estimulante, cuando su secreción es execesiva, de la actividad muscular.

Dice un tratadista que cuando este exceso de secreción imprime un temperamento viril a la mujer, ésta adquiere una voz grave, se dedica de buen grado a trabajos musculares, tales como los de jardinería, y sus deportes favoritos son también marcadamente viriles. Yo he tratado a una mujer en estas condiciones, que formaba parte de un equipo femenino de *rugby*, que, como se sabe, requiere de gran fuerza muscular y agilidad.

No es excepcional que estas mujeres tiendan hacia la homosexualidad, eligiendo por amantes a muchachas débiles y de baja estatura, pero de características completamente femeninas. La masculinización de su temperamento las orienta en el sentido de sentir una necesidad imperiosa de mandar, de proteger, de rodear de cariño y de cuidado a otras mujeres o a varias a la vez, en las que se observen todas las debilidades, coqueterías y sutilidades propias de su sexo.

En cuanto al hombre, podemos decir que los fenómenos psicosexuales que contribuyen a formar su temperamento tienen el mismo origen que en la mujer; esto es, la secreción de sus glándulas sexuales. La secreción que en la mujer tiende a producir resultados de masculinización, se traducen en el hombre por expresiones de afeminamiento.

No obstante, aparte de todas las influencias de los prejuicios de la moral, ya hemos dicho repetidas veces que la sexualidad del hombre es más fácilmente excitable que la de la mujer, por lo que nos es dado asegurar que en este hecho se demuestra una notable diferenciación de temperamentos, que no puede decirse que estén en relación directa con la capacidad erótica, puesto que, como veremos más adelante, aunque ya nos hayamos referido a ella en otra ocasión, el límite erótico llega para el hombre mucho antes que para la mujer.

Hemos de descender bastante del punto de vista eminentemente científico y psicológico para apreciar con claridad las diferencias temperamentales que se observan en ambos casos, porque de otra manera rebasaríamos el margen que nos hemos propuesto para la más clara exposición de estos temas.

Entre los múltiples ejemplos que como demostración de esta verdad indiscutible pudiéramos citar, hay un hecho que por su simpleza define claramente esta diferenciación. Un hombre perfectamente normal y bien orientado en su sexualidad no puede reprimir la emoción claramente sexual que le produce la vista de un mujer desnuda, semidesnuda o en *maillot*, o, simplemente, que muestre un dedo de pierna o de escote más de lo habituado. En cambio, en las playas, en los circos, en los teatros, etc., que son los lugares frecuentados por el hombre en demanda de estas inocentes emociones, no habrá una sola mujer que experimente la más mínima inquietud sexual ante

la presencia de los bañistas, atletas o cómicos que exhiben zonas de su cuerpo bastante más amplias de lo que la moral permite a la mujer.

Puede ser, sí, que un hombre semidesnudo llegue a llamar la atención de una mujer; pero esto sólo sucederá en un terreno puramente estético, ya que acaso la ligereza de vestido con que se exhiba contribuya a realzar la expresión del rostro, su corpulencia y, en fin, su belleza física. Es fácil también que de esta impresión estética nazca una predisposición amorosa en la admiradora, pero es bien cierto que ni por un momento, en este "flechazo", ella desearía ser poseída carnalmente por su admirado. Pero si algún hombre ha experimentado una emoción semejante a la vista de una mujer estimada como ideal, tras los primeros instantes de la impresión estética, habrán venido momentos en los que habrá deseado ardientemente hacerla suya, rindiéndola, a falta de otra satisfacción, el homenaje estéril de sus glándulas testiculares.

El deporte, que en algunas de sus manifestaciones exige los vestidos más sumarios, atendiendo, no obstante, a las necesidades de la estética, no ofrece las mismas modalidades en todos los países, ni todos los temperamentos son capaces de interpretar con la misma serenidad la actitud de la mujer, ya sea por coquetería, ya por comodidad, al adoptar toaletas que en nuestros medios meridionales habrían de estimarse deshonestas o, más hipócritamente, atrevidas. (Lámina I.)

Luego el temperamento ofrece una gama tan extensa de variabilidad, que lo que para unos resulta sencillamente cómodo o estético, para otros constituye un atractivo erótico de primera magnitud. Justo es reconocer también que las prescripciones morales, los prejuicios, los convencionalismos, etc., ejercen sobre esto, como sobre todas las manifestaciones sexuales, una influencia decisiva que sólo podrá irse paliando a medida que la civilización se extienda uniformemente por todos los pueblos.

Es tan íntima la relación existente entre el temperamento y el impulso sexual, ya que éste no es más que una consecuencia natural de aquél, que pudiéramos decir que ambos elementos constituyen uno solo.

Las primeras manifestaciones del temperamento en la mujer puede afirmarse que hacen acto de presencia en los primeros años de la edad púber, siendo tanto más significativas cuando comprendemos que la hembra observa una actitud relativamente pasiva en lo que a la sexualidad se refiere, y, además, la importancia de la enorme fuerza

social que sobre las mujeres obra obligándolas a exagerar artificialmente su papel pasivo. Afirma un tratadista nada sospechoso, que esas manifestaciones temperamentales no sólo se producen con frecuencia en las muchachas púberes, sino contra lo que comúnmente se cree parecen producirse de una manera particular en las jóvenes inocentes y no pervertidas. Las más viciosas son bastante hábiles para disfrazar las emociones de su temperamento, esto es, de su impulso sexual.

En su libro *La Nueva Generación*, el doctor Hammer, un notabilísimo biólogo alemán, dice que una muchacha joven que no había adoptado previamente ningún método de satisfacción, al principio de la pubertad, próximamente después de la primera menstruación, y del crecimiento del vello en el pubis, sin ningusa clase de estímulos producidos por un hombre, experimentó espontáneas tendencias sexuales de naturaleza local y psíquica. Por el lado psíquico consistían en un sentimiento de vacío y disgusto, una necesidad de sujeción y esclavitud, y como siempre la había faltado la oportunidad, el deseo de ver las desnudeces masculinas y conocer los hechos de la procreación.

Juntamente con estos deseos, la joven de referencia contenía otros anhelos, tales como el deseo de conservarse pura, para un hombre que se representaba como un "ideal", o para que sus padres no fueran vejados, o como miembro de un pueblo escogido en cuyo espíritu debe vivir y morir, o para el amor de Jesús o de algún santo. Por la parte psíquica, había un sentimiento de pudor y energía, de atrevimiento, una tensión agradable de las regiones genitales que se humedecían fácilmente. Existía el deseo de la sobreirritabilidad y exceso de tensión, y la necesidad de aliviar la tensión por medio de pellizcos, golpes, fuertes ligaduras y otros. Si la muchacha no conseguía satisfacción durante el sueño, con intervalos regulares de tres días, se verificaba el alivio y emisión de las glándulas hinchadas que no corresponden al período menstrual, sino al coito, y que servían mejor que la instrucción sexual para representarla los fenómenos de las relaciones sexuales. Si en este período se verifica el coito, por regla general es sin dolor, como lo es la intromisión del espéculo. Sin ninguna seducción exterior, la muchacha casta encuentra ahora frecuentes medios para aliviar la excesiva tensión, sin ayuda de un hombre. Es el abuso el que gradualmente conduce el dolor en la desfloración. Los fenómenos menstruales corresponden al nacimiento; la satisfacción o alivio durante el sueño, al coito.

Hemos transcrito casi al pie de la letra la extensa relación del doctor Hammer, pero su afirmación nos parece absoluta y también injustificada. Hay que tener en cuenta que bajo las condiciones artificiales de la civilización, lo que no nos cansaremos de repetir, la contenida influencia obra poderosamente, aunque con éxitos no siempre iguales, para desterrar los fenómenos sexuales, y algunas veces para producir el daño que se les atribuye.

Por otra parte, consideramos oportuno afirmar que los sueños eróticos son la excepción y no la regla entre las muchachas inocentes. No obstante, los fenómenos sexuales en las muchachas púberes no deben considerarse ni como enfermizos ni como antinaturales.

El temperamento o el impulso sexual, que generalmente se manifiesta en ambos sexos de acuerdo con la actividad de la secreción glandular, debido a excitaciones e iniciaciones tempranas, puede manifestarse en los primeros años de la infancia, en cuya época el niño o la niña llegan a darse cuenta de la capacidad erótica que poseen.

Havelock Ellis dice a este respecto que aun en el caso de las adultas, la parte activa representada por la mujer en la vida real, en asuntos de amor, no corresponden en manera alguna a las ideas convencionales sobre esta materia, Sin duda, casi todas las mujeres reciben su iniciación sexual, esto es, la revelación de su capacidad erótica de un hombre de más edad y, naturalmente, experimentado. Pero por otra parte, asegura que cada hombre recibe su primera iniciación por la enseñanza activa e intencionada de una mujer de más edad y de más experiencia. Es demasiado frecuente que los que escriben sobre estos asuntos olviden que el hombre que seduce a una mujer ha sido, por lo general, él mismo "seducido" por una mujer.

A este respecto, nos parece oportuno referir varias interesantes historias recogidas de los más serios tratadistas, demostrativas de estos "descubrimientos" del temperamento sexual, o, mejor dicho, de los hechos que sirvieron de punto de partida para la orientación en materia erótica de los individuos a quienes se refieren.

Dice el citado tratadista inglés que un médico muy conocido en Chicago le manifestó que haciendo averiguaciones sobre veinticinco hombres casados, de la clase media, encontró que diez y seis habían sido seducidos la primera vez por una mujer.

Otro médico militar, que servía en la India, le comunicó lo siguiente: "Una vez, en el Club de Birmania estábamos reunidos unos veinticinco, y empezamos a hablar de las primeras relaciones sexuales. Todos habían sido iniciados por criadas, excepto dos, que lo

fueron por las camareras de sus hermanas. Todos éramos oficiales, de modo que los hechos podían considerarse como típicos de lo que ocurre en nuestra categoría social. Todos habían tenido relaciones sexuales con jóvenes solteras respetables, y la mayor parte con las esposas de amigos de sus padres, siendo algunas de éstas lo suficientemente viejas para ser las madres de sus amantes. Al parecer, hasta la edad de diez y siete años, ninguno se había atrevido a hacer las primeras insinuaciones, y, sin embargo, desde los trece años casi todos habían tenido amplia oportunidad para satisfacer sus instintos sexuales con mujeres. Aunque todos hubiesen concurrido a escuelas donde se conocían casos de homosexualidad, "como puedo afirmar por conocimiento propio", ninguno había dado señales de inversión o de perversión en Birmania."

En el caso anterior, a mi juicio, estimo que, hasta cierto punto, la iniciación efectuada en un muchacho púber y que no tenga nociones del sexo o que éstas sean muy difusas, ofrece ventajas muy dignas de tenerse en cuenta, ya que en los casos de indiferenciación psicosexual, ese estado que parece una prolongación de los tres primeros meses de vida embrionaria, puede ser un campo abonado para la fructificación lujuriosa de las semillas que en él se siembren. Esto es: que si la iniciación del niño la efectúa un invertido, en virtud de la emoción sexual que el chiquillo experimente, nada tiene de particular que aquellas sensaciones se graben en su psicosexualidad con caracteres indelebles para no pensar nunca en la posibilidad de que existan otros placeres más naturales. A la inversa, lo mismo sucede cuando el primer orgasmo ha sido producido por una mujer. No obstante la apariencia invariable de la fórmula, puede haber casos que escapen a la subordinación de la regla general.

En Rusia, el doctor Tchlenoff, investigando la vida sexual de unos 2.000 estudiantes de Moscú, de las clases superior y media, encontró que en la mitad de ellos el primer contacto sexual normal se verificó entre los trece y los catorce años de edad; en el 41 por 100 con prostitutas y en el 10 por 100 con mujeres casadas. En el 41 por 100 declararon los jóvenes que ellos habían tomado la iniciativa, en 25 por 100 la habían tomado las mujeres y en 23 por 100 fueron incitados por sus camaradas.

El temperamento sexual de las mujeres jóvenes suele mostrarse, sobre todo cuando los muchachos a quienes inician son bastante menores que ellas y carecen de toda preparación en materia sexual, sin

temor, por otra parte, a las consecuencias que esto pudiera tener de practicar el acto con muchachos púberes.

Con mucha frecuencia las nodrizas y niñeras efectúan la iniciación en los niños que les están confiados. Es muy común este impulso entre las adolescentes muchachas de la clase social inferior, demostrado por el hecho de que la mayoría de los hombres de la clase media pueden recordar ejemplos de su propia juventud.

Un corresponsal médico escribía a un tratadista, acerca de este punto, lo siguiente: "Muchos muchachos os dirán que si una niñera duerme en la misma habitación que ellos intentará las manipulaciones sexuales. Bien porque la muchacha vaya a la cama del joven y poniéndole sobre ella le cosquillee el pene y le introduzca en la vulva, haciendo que el muchacho imite los movimientos sexuales; bien masturbando sencillamente al niño para excitarle e interesarle, a veces mostrándole la abertura sexual suya o de sus hermanas, enseñándole a tocarla con el dedo. En resumen: una niñera puede arruinar a un niño principalmente, a mi juicio, porque para ella han sido siempre los órganos sexuales como un martirio y está en completa ignorancia acerca de ello. Entonces aprovecha la oportunidad para investigar el pene del niño, para ver cómo trabaja, etc., con objeto de satisfacer su curiosidad. Conozco el caso de una nodriza que acostumbraba a reunir a todos los muchachos y muchachas (hijos de personas de buena posición) en un cenador, al oscurecer, y levantándose sus vestidos invitaba a los muchachos a que tocaran y vieran su vulva, incitando también a los mayores de doce o catorce años para que cohabitaran con ella. Las muchachas tienen miedo del embarazo y no permiten a un pene adulto que opere. Creo que deberían tomar niñeras de una clase superior a las que hoy se toman."

"Los niños no deben, en ningún caso, escribía Lawson Tait, dormir con las criadas. En todos los casos que he encontrado de niños afectados por la masturbación, el contagio provenía de una criada." Freced ha encontrado que en los casos de histeria grave en la juventud, el punto de partida puede buscarse con frecuencia en las manipulaciones sexuales de criadas, nodrizas y gobernantas.

"Cuando yo tenía ocho o nueve años, me escribe un amigo, una criada de mi casa, que venía a apagar la luz de mi habitación, muchas veces levantaba las ropas de mi cama para inspeccionar mis órganos. Una noche se metió mi pene en la boca. Yo la pregunté por qué hacía aquello, y me contestó que "el chupar el dedo pequeño de un muchacho" la curaba el dolor de estómago. Me dijo que había



SENSUALIDAD Y DEPORTE

Colleen Moore, de la "Metro", ha lanzado esta nueva modalidad de toilette deportiva, que si para el temperamento de los americanos resulta cómoda y elegante, para los meridionales no es igual...

LAMINA I



JULIA PASTRANA

Si fuésemos a analizar el impulso sexual juzgando por las vellosidades exageradas, esita mujer, excesivamente peluda, hubiera sido también un monstruo de lujuria.

LAMINA II

hecho lo mismo con otros niños pequeños, y que la gustaba hacerlo. Esta muchacha tenía diez y seis años, y hacía poco tiempo que había sido "convertida". Otra criada de nuestra casa tenía la costumbre de besarme ardorosamente en el abdomen desnudo cuando yo era muy joven, pero nunca hizo más que esto. Me han contado varios ejemplos de criadas que jugaban con muchachos, antes que llegasen éstos a la pubertad, excitando el pene a erecciones prematuras por medio de manipulaciones, por succión y por contacto con sus partes." (Freced.)

En cuanto al aspecto inverso de la cuestión, o sea el de la iniciación de las niñas por los hombres, no ha sido posible hacer una recopilación tan abundante de casos, en primer lugar, porque los que existen conocidos entran de lleno en la intervención del médico legista, por tratarse de violaciones, y, además, porque el hombre sabe a lo que se expone cuando su conducta brutal puede dar lugar a una denuncia.

En otro caso, los juegos sexuales de los niños ya mayorcitos con chiquillas de su misma edad no van más allá de ser simples expresiones de la indiferenciación psicosexual sin más consecuencias, efectuando estos manejos de una forma inconsciente, o, por mejor decir, instintiva.

Ahora bien: cuando una niña ha sido iniciada por un hombre y ha quedado completamente satisfecha del juego, también por ese concepto de la moral sexual que en las mujeres abarca todas las edades, tiene buen cuidado de silenciar lo acaecido y de lo que en su vida hará ni la más leve alusión. En cambio, el niño, "como no tiene nada que perder", según esa misma moral y esa desproporción de derechos y deberes que separan a los dos sexos, no tarda mucho en revelar el alcance de sus emociones sexuales, sin importarle un ardite denunciar el nombre de la iniciadora y las circunstancias en que la iniciación se llevó a cabo.

Por otra parte, como a estos hechos hay que asociar siempre el sentimiento de la virilidad, que se acusa en la conciencia del niño desde la edad más tierna, el chiquillo, si llega el caso, no tiene inconveniente en aducir pruebas en abono de su "hombría", y para ello recurre a la narración fiel o aumentada de los hechos en que ha intervenido desempeñando un papel preponderante.

Después de todo lo escrito, parece que, más bien que definir el temperamento, hemos analizado el impulso sexual. Pero como ya hemos dicho que ambos términos, en lo que a la sexualidad se refiere,

son equivalentes, puede asegurarse, y ésta es la conclusión, que el temperamento sexual es idéntico en la mujer que en el hombre, con la diferencia de que sus manifestaciones no pueden ser tan libres en aquélla como en éste, en virtud de las prohibiciones que en materia sexual pesan sobre el sexo femenino. Ello produce en la mujer una especie de "estado de curiosidad", primero, y otro "estado de ansiedad", después, a los que ha de dar satisfacción adecuada por medio de los procedimientos que, a su juicio, ofrecen garantías más sólidas de impunidad y de una relativamente completa experimentación de aquello que con tanta severidad se la impide conocer y que, por encima de todo, ofrece a su ignorancia los poderosos incentivos de la fruta prohibida.

Acaso por ser más difusa la esfera sexual en la mujer que en el hombre, pudiéramos explicarnos también las diferencias existentes en la erótica de ambos sexos. Vistas ya las raíces fisiológicas del temperamento femenino, no podemos por menos de decir que la mujer es un ser afectivo e inestable, que no está sujeto, como el hombre, a la uniformidad en sus expresiones temperamentales.

En el temperamento de la mujer se observan los más bruscos contrastes imaginables. La mujer puede redimirse con más facilidad que el hombre del imperio poderoso del impulso sexual, y la que ayer se presentaba ante la sociedad llena de atractivo, viviendo para sus caprichos, para sus galanteos y para sus admiradores y enamorados a los que no titubeaba en sacrificar en aras de la fascinación de sus encantos, aquélla que promovió los más ruidosos escándalos sexuales, siendo la primera en las orgías y la última en el arrepentimiento, puede al día siguiente, tras de un reducido instante de reflexión suficiente para forjarse una idea inquebrantable, retirarse para siempre hacia la paz claustral de un convento sin que su erotismo vuelva a traducirse en la más leve manifestación carnal.

Esta violenta metamorfosis del temperamento, es casi siempre normal, y ningún neurólogo pudiera acaso hallar el más mínimo detalle en que basar una investigación. En cambio, el hombre que haya vivido en las mismas condiciones en que se desenvolvió la existencia de esa mujer, puede madurar una resolución de igual naturaleza durante días, semanas y meses; pero al final de todo ello... volverá a las andadas. Luego el instinto actúa sobre el sexo masculino con un poder más invencible que sobre el otro sexo.

Si bien es cierto que muchas mujeres van, no digamos sólo al matrimonio, sino a la unión carnal en general, por motivos sentimentales

o por satisfacer las demandas del hombre, no hay muchos hombres que en esta orientación puedan equipararse con su compañera, supeditándolo todo a su ambición y a su egoísmo sin ocuparse para nada del móvil sentimental que, principalmente, la impulsó a entregarse al amado.

LA SENSIBILIDAD DE LA MUJER

Aspectos de la sensiblidad. — La anestesia sexual. El blanco y la flecha.—La esfera sexual femenina. Catorce zonas erógenas.—El erotismo de las locas, como prueba de mayor sexualidad.—Diferencias de apreciación. — La masturbación, causa de anestesia. — El alma femenina. — Lo que ellas no comprenden.—Matemáticas.

En otro orden análogo, o sea aquello que se refiere a la *sensibilidad* sexual de la mujer, las investigaciones de los fisiólogos modernos no han aportado conclusiones muy valiosas al concepto de los antiguos tratadistas. Está plenamente demostrado, y sin que de ello quede lugar a dudas, que las manifestaciones de la sexualidad en el hombre son continuas, tratándose de individuos normales, y que siempre se mantienen los deseos y las emociones en un plano equilibrado. Pero en la mujer, no ocurre de igual modo, ya que casi puede asegurarse que no existen dos mujeres de sensibilidad idéntica o semejante, por lo que llegamos a la conclusión de que la variabilidad de tipos eróticos es muy abundante en el sexo femenino.

Una tratadista alemana que cita Iwan Bloch, la doctora Mayreder, distingue, por ejemplo, estos tres tipos: el erótico-excéntrico, el altruista sentimental y el egoísta frígido. Como tipo característico de la mujer, se ha intentado presentar al último, por ser el más frecuente y el que más claramente se acusa en la idiosincrasia sexual femenina. Pero no sé hasta qué punto puede ser admisible la teoría para justificar la menor sensibilidad de la mujer, lo que no pasa de ser una hipótesis vertida por una mujer, no lo olvidemos, que acaso partiese de un punto de vista demasiado particular, demasiado "egoísta y frígido", que más bien que ayudarnos a conocer a otras personas nos pone en clara evidencia el carácter de quien las analiza.

Creo, sinceramente, que esa especie de anestesia fisiológica sexual, esa defectuosa sensación erótica, no existe en las mujeres sanas. A este propósito, el famoso ginecólogo Kisch afirma, "que el instinto

sexual es una fuerza tan poderosa, y en ciertos períodos de la vida tan dominadora y avasalladora de todo el organismo de la mujer, que cuando se desencadena no deja lugar a la reflexión acerca de la perpetuación de la especie, y en cambio exige el ayuntamiento carnal, aun cuando se tema a la reproducción o ni siquiera se piensa en ésta".

Pero tampoco esta definición me parece acertada ni justa. Otro autor que coincide con lo que dice Kisch, afirma: "La mujer es toda sexo, desde las rodillas al cuello. Nosotros hemos concentrado nuestro aparato generador separándole del resto del cuerpo, para que esté pronto "a ponerse en marcha". Ellas tienen una gran superficie sexual o un blanco, mientras que nosotros sólo tenemos una flecha. El concebir es su propio elemento, y cuando lo hacen permanecen en su domicilio y de él no salen, mientras que nosotros tenemos que buscarlo fuera y fuera de nosotros. También es nuestro engendrar más breve y concentrado. En determinadas circunstancias necesitamos sólo diez minutos para lo que ellas necesitan casi diez meses, y durante todo este tiempo están engendrando y permanecen sin interrupción junto a la caldera mágica, cociendo y vigilando, mientras nosotros, sólo al paso y casi casualmente, echamos en ella algunas migajas."

Sinceramente, no acabo de comprender el sentido de la imagen expuesta, si con ella quiere demostrarse que el instinto sexual de la mujer es más fuerte que en el hombre. No creo que la definición valga para demostrar la influencia de los fundamentos físicos de la sexualidad femenina, porque al hablar del embarazo y extraer la conclusión de que tal estado representa en sí un deleite o bien un motivo de anestesia, mas hay que atender a los fundamentos psíquicos que a la zona sexual física exclusivamente. Además, está perfectamente comprobado, y de ello hablaremos oportunamente, que la tensión sexual de la mujer aumenta en ciertas épocas del embarazo, de donde se deduce que, como al hombre sucede, también ellas han de buscar "fuera de su domicilio" lo que en él no pueden encontrar.

Lo que indudablemente ocurre es, que la esfera sexual femenina es muchísimo más amplia que la del hombre, está mucho más repartida por todo su cuerpo, por decirlo así, que en el del hombre, puesto que en él, normalmente, la zona se limita al pene, y, concretando más, al glande.

Las diferencias que existen acerca del impulso sexual entre la mujer y el hombre, son, a juicio del insigne Havelock Ellis, las siguientes:

Primera. El instinto sexual de la mujer muestra mayor pasividad externa.

Segunda. Es más complicado, se manifiesta menos espontáneamente, muy a menudo necesita de incentivos exteriores, y el eretismo se produce mucho más lentamente que en el hombre.

Tercera. La erección se manifiesta en toda su plenitud sólo después de empezado el acto sexual natural.

Cuarta. El límite, que una vez traspuesto conduce al exceso, se traspone más difícilmente que en el hombre.

Quinta. La esfera sexual es mayor que en el hombre y está más difusamente repartida.

Sexta. Los impulsos espontáneos del apetito sexual presentan una decidida tendencia a la periodicidad. (Al efecto, Kisch llama a los ovarios un "regulador del instinto sexual, diciendo que en esa glándula y en sus alteraciones periódicas están la causa y la regularización del instinto sexual; el clítoris es sólo el asiesto del placer sexual.)

Séptima. El instinto sexual muestra en la mujer mayor variabilidad que en el hombre, tanto si se comparan unos con otros diferentes individuos femeninos como si se estudia a una misma mujer, comparándola con ella misma en las distintas fases de su vida.

Entre los sexólogos es conocidísimo el caso comunicado por el doctor italiano Moraglia, el cual habla de una mujer que podía producirse el orgasmo y la excitación sexual masturbándose en catorce partes distintas de su cuerpo.

Bloch, para demostrar que la sexualidad de la mujer es mucho más impulsiva que la del hombre, recurre al ejemplo que tan claramente puede advertirse en los manicomios, donde se ve que la mujer es todo sexo, puesto que la demencia lleva consigo la anulación absoluta de todos los frenos que la sociedad pone al instinto.

Según las observaciones realizadas por el doctor Shaw, las mujeres superan a los hombres en volubilidad de palabra, en maldad y en suciedad, diciendo que en estos conceptos no se diferencia en nada "el marimacho más desvergonzado de los suburbios de la canallería de una ciudad de la más encopetada dama del gran mundo". Asegura que el desacato, la suciedad y la depravación sexual en la palabra y en las acciones en la parte asignada a las mujeres en los manicomios, son mucho mayores que en los departamentos de hombres. Dice, por último, que en todas las formas agudas de enajenación mental se manifiesta más el elemento sexual en la mujer que en el hombre.

Desde luego, ateniéndonos a las investigaciones efectuadas por los

más célebres alienistas, vemos que el sexo femenino es "más sexo" aunque los convencionalismos de la moral, como tantas veces hemos repetido, encubren perfectamente la supuesta realidad de los hechos. El doctor alemán Bleuler, alienista célebre que dedicó toda su vida científica al estudio de las enfermedades mentales, publicó hace tiempo un escrito autorizadísimo, diciendo: "La "carrera" para la mujer en general depende de la sexualidad; para ella representa el matrimonio, o un equivalente del mismo, lo que en el hombre la prosperidad en un negocio, su ambición por todos conceptos, la lucha triunfante por la existencia y lo que constituye las alegrías y goces de ella, y sólo después piensa en la sexualidad y en su descendencia. El no casarse, lo mismo que los goces sexuales fuera del matrimonio, tienen para la mujer consecuencias infinitas con las más intensas afecciones. Al hombre, en general, son las dos cosas, casarse o disfrutar fuera del matrimonio de los placeres del sexo, absolutamente indiferentes. Y, además de esto, los estúpidos prejuicios de nuestra cultura, que hacen imposible a la mujer bien educada el acabar de pensar en esta materia y la obligan, no solo a sofocar toda afección sexual, sino hasta exigen que no pueda manifestarse. ¿Qué tiene, pues, de extraño que, mediando estas circunstancias, se encuentren a cada paso en mujeres enfermas afecciones sexuales, que, por reprimirse, se han transformado y degenerado, afecciones sexuales que la mitad de ellas por lo menos constituyen la mitad de nuestra natural existencia? Y digo por lo menos la mitad porque el instinto análogo, que es el de la nutrición, retrocede ante el del sexo, y esto no sólo en el hombre civilizado."

Bien: ha hablado el doctor Bleuler. Pero hemos de decir que ahora, al cabo de algunos años, tales afirmaciones resultan bastante "pasadas de moda". Al retraimiento sexual impuesto a la mujer por las severas ordenanzas morales de otros tiempos, han sucedido, y en Alemania precisamente, mayores libertades, diferentes conceptos, otras modalidades bien destacadas para evidenciar el más rudo contraste.

Entiendo que el tratadista aludido se equivoca, ahora y diez siglos antes, cuando afirma que el hombre supedita las funciones sexuales a la prosperidad en los negocios, a esas ambiciones legítimas en la lucha por la existencia. Para que esa teoría tuviese un valor incontrastable, sería necesario, en primer lugar, fijar un límite de edad en el hombre, y, en segundo, saber hasta dónde llegaba su experiencia sexual y hasta su temperamento.

Afirma también que lo mismo el no casarse que la práctica de los goces sexuales fuera del matrimonio, traen a la mujer perniciosas consecuencias, y, en cambio, no admite el mismo enunciado respecto al hombre, quien, a su juicio, nada gana ni pierde con un procedimiento u otro. Y esto, es, a todas luces, injusto.

Tomando como base de la unión sexual aquella que consiste en la libérrima elección por parte de uno y en la plena aceptación, que es lo mismo, por parte de otro, no cabe el "libertinaje", esto es, la satisfacción de la sexualidad de una manera desordenada e inmoral, por polígamo que sea el hombre y poliándrica la mujer. En este caso, la asociación psico-física imprescindible en la práctica ordenada, no sería más que un mito grosero que acaso presentase aspectos de realidad en determinados momentos, como son los que impulsan a un hombre, en ocasión propicia, a unirse por unos instantes a la primer prostituta capaz de excitar la sexualidad bien preparada del amador ocasional.

Sólo y exclusivamente analizando la cuestión desde el punto de vista físico, lo mismo el hombre que la mujer pueden aplacar su erotismo con el primer individuo del sexo contrario que salga al paso. Pero, por otra parte, ¿es posible negar la íntima relación existente entre lo psíquico y lo físico?... Si esto puede quedar satisfecho plenamente, no ocurre igual con lo otro: afirmarlo equivaldría a negar la existencia del más formidable elemento humano: el amor.

Pero... "el mundo marcha". Salvo aquellas excepciones justificadas por la influencia, aún arraigada en ciertos sectores, de la moral antigua, hemos visto que el impulso sexual en el hombre y en la mujer, ya no encuentra obstáculos tan poderosos como antaño para ejercitar sus derechos.

Esto no obstante, aún es inmensa la cantidad de mujeres que, dada la fuerza de su instinto, la evidencia de su temperamento incompatible con las restricciones sociales, han de recurrir al autoerotismo para hallar un remedo de complacencia normal a la perfecta orientación de su erótica, y ello, no hay duda, puede traducirse en los males a que alude el doctor Bleuler. Al efecto, Iwan Bloch refiere el siguiente caso de anestesia sexual temporal:

"Una joven de veinte años. Prematura manifestación del apetito sexual. Ya de niña, a los cinco años, comenzó a practicar el onanismo introduciéndose a menudo horquillas del pelo en la vagina para conseguir la excitación sexual, hasta que un día se le quedó una dentro, que tuvo que ser extraída mediante intervención quirúrgica. Sin embargo, prosiguió entregada a la masturbación, que practicaba con

más célebres alienistas, vemos que el sexo femenino es "más sexo" aunque los convencionalismos de la moral, como tantas veces hemos repetido, encubren perfectamente la supuesta realidad de los hechos. El doctor alemán Bleuler, alienista célebre que dedicó toda su vida científica al estudio de las enfermedades mentales, publicó hace tiempo un escrito autorizadísimo, diciendo: "La "carrera" para la mujer en general depende de la sexualidad; para ella representa el matrimonio, o un equivalente del mismo, lo que en el hombre la prosperidad en un negocio, su ambición por todos conceptos, la lucha triunfante por la existencia y lo que constituye las alegrías y goces de ella, y sólo después piensa en la sexualidad y en su descendencia. El no casarse, lo mismo que los goces sexuales fuera del matrimonio, tienen para la mujer consecuencias infinitas con las más intensas afecciones. Al hombre, en general, son las dos cosas, casarse o disfrutar fuera del matrimonio de los placeres del sexo, absolutamente indiferentes. Y, además de esto, los estúpidos prejuicios de nuestra cultura, que hacen imposible a la mujer bien educada el acabar de pensar en esta materia y la obligan, no solo a sofocar toda afección sexual, sino hasta exigen que no pueda manifestarse. ¿Qué tiene, pues, de extraño que, mediando estas circunstancias, se encuentren a cada paso en mujeres enfermas afecciones sexuales, que, por reprimirse, se han transformado y degenerado, afecciones sexuales que la mitad de ellas por lo menos constituyen la mitad de nuestra natural existencia? Y digo por lo menos la mitad porque el instinto análogo, que es el de la nutrición, retrocede ante el del sexo, y esto no sólo en el hombre civilizado."

Bien: ha hablado el doctor Bleuler. Pero hemos de decir que ahora, al cabo de algunos años, tales afirmaciones resultan bastante "pasadas de moda". Al retraimiento sexual impuesto a la mujer por las severas ordenanzas morales de otros tiempos, han sucedido, y en Alemania precisamente, mayores libertades, diferentes conceptos, otras modalidades bien destacadas para evidenciar el más rudo contraste.

Entiendo que el tratadista aludido se equivoca, ahora y diez siglos antes, cuando afirma que el hombre supedita las funciones sexuales a la prosperidad en los negocios, a esas ambiciones legítimas en la lucha por la existencia. Para que esa teoría tuviese un valor incontrastable, sería necesario, en primer lugar, fijar un límite de edad en el hombre, y, en segundo, saber hasta dónde llegaba su experiencia sexual y hasta su temperamento.

Afirma también que lo mismo el no casarse que la práctica de los goces sexuales fuera del matrimonio, traen a la mujer perniciosas consecuencias, y, en cambio, no admite el mismo enunciado respecto al hombre, quien, a su juicio, nada gana ni pierde con un procedimiento u otro. Y esto, es, a todas luces, injusto.

Tomando como base de la unión sexual aquella que consiste en la libérrima elección por parte de uno y en la plena aceptación, que es lo mismo, por parte de otro, no cabe el "libertinaje", esto es, la satisfacción de la sexualidad de una manera desordenada e inmoral, por polígamo que sea el hombre y poliándrica la mujer. En este caso, la asociación psico-física imprescindible en la práctica ordenada, no sería más que un mito grosero que acaso presentase aspectos de realidad en determinados momentos, como son los que impulsan a un hombre, en ocasión propicia, a unirse por unos instantes a la primer prostituta capaz de excitar la sexualidad bien preparada del amador ocasional.

Sólo y exclusivamente analizando la cuestión desde el punto de vista físico, lo mismo el hombre que la mujer pueden aplacar su erotismo con el primer individuo del sexo contrario que salga al paso. Pero, por otra parte, ¿es posible negar la íntima relación existente entre lo psíquico y lo físico?... Si esto puede quedar satisfecho plenamente, no ocurre igual con lo otro: afirmarlo equivaldría a negar la existencia del más formidable elemento humano: el amor.

Pero... "el mundo marcha". Salvo aquellas excepciones justificadas por la influencia, aún arraigada en ciertos sectores, de la moral antigua, hemos visto que el impulso sexual en el hombre y en la mujer, ya no encuentra obstáculos tan poderosos como antaño para ejercitar sus derechos.

Esto no obstante, aún es inmensa la cantidad de mujeres que, dada la fuerza de su instinto, la evidencia de su temperamento incompatible con las restricciones sociales, han de recurrir al autoerotismo para hallar un remedo de complacencia normal a la perfecta orientación de su erótica, y ello, no hay duda, puede traducirse en los males a que alude el doctor Bleuler. Al efecto, Iwan Bloch refiere el siguiente caso de anestesia sexual temporal:

"Una joven de veinte años. Prematura manifestación del apetito sexual. Ya de niña, a los cinco años, comenzó a practicar el onanismo introduciéndose a menudo horquillas del pelo en la vagina para conseguir la excitación sexual, hasta que un día se le quedó una dentro, que tuvo que ser extraída mediante intervención quirúrgica. Sin embargo, prosiguió entregada a la masturbación, que practicaba con

los dedos y velas, introduciéndoselos en las partes genitales, hasta que llegó a los diez y ocho años. Entonces tuvo el primer comercio carnal con un hombre, que la dejó completamente fría, lo mismo que los demás ensayos con el mismo y otros hombres. Por fin consiguió uno, que le era muy simpático, satisfacerla sexualmente, cambiando los papeles y, naturalmente, las posturas. Más tarde, en la posición normal, halló igual satisfacción. Desde entonces cesó por completo el onanismo, y en el coito le sobreviene el orgasmo uno o dos minutos después."

Ya nos ocuparemos en lugar correspondiente (1) de la frigidez femenina, aunque ya hemos hecho alusión a este estado en otro volumen, analizando las abundantes causas que lo motivan, tanto en la mujer como en el hombre, aunque, justo es decirlo ahora, tal frigidez puede manifestarse únicamente en el contacto sexual normal, existiendo el impulso, pero acostumbrado a ser dirigido por derroteros bien distintos de los que la biología admite como primordiales.

Hemos visto, pues, que resulta imposible establecer analogías incuestionables entre la sensibilidad sexual o el temperamento del hombre y de la mujer, puesto que la de ésta es de muy distinta naturaleza, aunque igualmente voluminosa, al menos en sus efectos.

Es muy importante conocer perfectamente esta cuestión del temperamento, ya que en el curso de la colección de TEMAS SEXUALES habremos de encontrarnos con casos tan abundantes como singulares, lo mismo en la práctica de la sexualidad correcta como en el otro aspecto de lo morboso, cuya explicación la tendremos, precisamente, en esta parte en que nos ocupamos de las diferencias temperamentales, aunque sólo sea con una extensión y detalle adecuados al carácter divulgador de toda la obra. Por otra parte, yo estimo, que, mucho más importante que cualquier otro factor, es el imprescindible de "conocer el temperamento" de la persona amada cuando se marcha en pos de la más perfecta armonía sexual. Esto no debe olvidarse.

Del hermoso ensayo del doctor Vachet, titulado *Más allá de la Fisiología*, transcribimos los siguientes párrafos: "El alma de la mujer rebasa la fisiología; pero lleva el sello de la constitución orgánica particular que la sostiene.

---

(1) Véase el volumen IX, titulado "La imposibilidad del goce", en el que el autor cita numerosos casos clínicos a cual más interesantes.—(Nota del editor).

La clave del alma femenina estriba en el don de sí, en su alterocentrismo, según dice Gina Lombroso, dando a entender con este término, que la mujer "sitúa el centro de su placer, de su ambición, no en sí misma, sino en otra persona a la que ama y de la que quiere ser amada: marido, hijos, padres, amigos, etc.

Sin duda, porque ella es la que debe perpetuar la raza y dar al hombre su hijo, hecho de su carne, de su sangre, de su dolor—ese hijo tan pobre y desamparado a su nacimiento que no puede vivir sino de ella y por ella, de su abnegación incesante—la mujer parece hallar su alegría y su plena realización en amar, en entregarse, en abnegarse, en sacrificarse. Siente la necesidad de ocuparse de los demás y esta necesidad de entrar en la vida de otro, de mezclarse con ella, y con ella gozar o sufrir, se descubre, en peldaños muy alejados de la escala moral, tanto en las murmuraciones de la mujer que se ocupa excesivamente de los vecinos, como en la abnegación de la enfermera que se pasa la vida aliviando los dolores ajenos.

Esta incapacidad de bastarse a sí misma, esta necesidad de entregarse siempre, de aniquilarse, incluso en el sér amado, es lo que tanto distingue a la mujer del hombre, el cual es esencialmente egoísta en el sentido profundo de la palabra. La mujer no puede comprender el modo de amar del hombre, de este modo de entregarse sin perderse, conservando toda su integridad, de ser incapaz de sacrificar al amor sus proyectos, sus ambiciones, sus fines propios cuando ella por su parte no retrocede ante ningún sacrificio, está dispuesta a renunciar a todo lo que no es el amor que la posee. Por eso reprocha sin cesar al que la ama que la quiere mal, que no piensa nada más que en él, que la posterga ante su oficio, su arte o su ambición, que tiene fines, alegrías y luchas que le apasionan y le hacen olvidarla. El eje de la mujer pasa por el corazón. El del hombre, por su cerebro.

De ahí esas abnegaciones femeninas ciegas y absolutas, que nos asombran siempre, esas miserias soportadas en beneficio del sér amado, incluso si éste se muestra indigno de ello y no revela a cambio ningún reconocimiento. De ahí esos súbditos transportes de simpatía, anteriores a toda indagación, por los que sufren o saben dar a su sentimiento la expresión del dolor. De ahí esa atracción por los relatos y los espectáculos conmovedores. De ahí también esa admirable capacidad natural de percibir y de consolar las penas ocultas.

Pero al mismo tiempo la mujer es capaz de las peores injusticias, de los más ásperos furores para quien no forma parte de aquellos a quienes ama o con ellos se muestra hostil. El hombre consigue abs-

traer su juicio de los sentimientos que le dominan. La mujer no se cuida apenas de ello, y el que se atreve a atacar a los seres que ella ama, la encuentra al punto en guardia, sin que se le ocurra para nada discernir los agravios. Su dialéctica está al servicio de su corazón. Por eso incurre fácilmente en la tempestad de las lágrimas o de la ira y no se preocupa ni de las pruebas ni de las contradicciones.

La misma coquetería de la mujer, su deseo de agradar, el cuidado que pone en la conservación de la línea, en el tocado, no son el resultado de una atención dirigida exclusivamente hacia sí misma. Lo que importa es la emoción agradable que se quiere suscitar en otro, es el amor que se quiere mantener. Y si la coquetería femenina adopta antes de la elección el aspecto de un juego cruel, no es porque la mujer tienda siempre a someter y dominar mejor al hombre que ha de disfrutar de sus favores: únicamente quiere dar más valor al abandono de sí misma y multiplicar la alegría que producirá con su sumisión."

Desde luego, el insigne tratadista francés, después de todo, creo que se sitúa en un punto de vista muy particular. El tipo de mujer ideal que nos retrata, no es muy abundante: que lo digan cuantos maridos y amantes hayan tenido que convivir con una mujer. Vachet, al hablar así, debiera decir que tal mujer es la que debiera ser, pero no afirmar que así es. El carácter es una cosa y la volubilidad es otra, que depende del carácter, del temperamento.

Es cierto que el hombre es menos amoroso que la mujer: para que ambos fuesen iguales, creo que no habría nada mejor que igualarlos en deberes, en obligaciones, en responsabilidades, etc. Cuando fuese posible llegar a ese equilibrio, lo que poco a poco se va consiguiendo, desaparecerían muchas causas de adulterio, de saciedad y de aburrimiento. Ya hemos dicho en otra ocasión que una mujer no perdona a su marido, entre otras muchas, dos cosas: que duerma y que dedique atención a sus negocios. Esos negocios, esas actividades, esas ocupaciones que necesariamente han de absorber el tiempo y la atención de casi todos los hombres, porque a fin de cuentas se traducirán en el factor económico indispensable para la realidad doméstica, son interpretados por la generalidad de las mujeres como pretextos que encubren lo que ellas estiman como una pérdida de ilusión, como los síntomas graves del cansancio de amar. Su temperamento no admite otras explicaciones cuando está realmente enamorada. Y en cambio el hombre, es cierto, no es capaz de comprender que aquellas réplicas, esas desconfianzas y lágrimas, esas protestas por el supuesto abandono de que se la hace víctima, llevan en sí la esencia deliciosa de un amor tan grande, tan puro y tan ciego, que, por eso, por ser ciego, nada ve y nada comprende...

Y es lástima que así sea. Esas dudas que la mujer abriga, no sólo la disgustan a ella, sino que acaban por presentarla como algo inaguantable que amarga la vida de cuantos la rodean. Si sabemos que nuestro destino se halla íntimamente unido a la secreción glandular, puesto que ella tiene la importantísima misión de regular el temperamento, el carácter, el impulso, ¿qué consigue una mujer cuidadosa de su belleza con no prestar a este aspecto de su economía la atención que merece? Un autor dice, que para ello, ha de rechazar, con toda la fuerza de su voluntad, los malos sentimientos "que intoxican tanto como un mal aliento o una mala eliminación".

No hay otra solución, pese a las panaceas que por el vulgo se prescriben para acabar con los estados depresivos, que, mediante un entrenamiento moral continuo, hacer todo lo posible por conservar ese optimismo audaz y simpático que nos endulza la vida y nos hace gratos a los demás. Todos esos sufrimientos que la mujer se procura, no son más que el resultado de una especie de "auto-sadismo" que a veces no se resuelve más que con el bálsamo de las lágrimas. Cuando ello ocurre con cierta constancia, el resultado es la vejez prematura, triste, antipática y antiestética. Pero cuando se adquiere un verdadero dominio de sí que da las fuerzas necesarias para evitar las causas de enervamiento, cuando se ordena adecuadamente la existencia y la vida interior y uno se hace el firme propósito de diferenciar las causas pueriles de los motivos serios, entonces, la mujer, más que el hombre, adquiere un bienestar tal, una euforia tan sensible, que ello sólo es bastante para embellecerla más que todos los recursos artificiales que se pongan en juego.

La realización de este propósito, no obstante, es muy difícil. Pero, "si se exceptúan, naturalmente, los casos en que la tristeza es el fruto de una afección morbosa, es indudable—como escribía Vachet en su obra *Remedio a la vida moderna*—, que, por regla general, no son desgracias de gran trascendencia, infortunios excepcionales, fracasos resonantes, decepciones extraordinarias, lo que carga de preocupación nuestras frentes y ablanda nuestra voluntad. Casi siempre se trata de susceptibilidades mezquinas, de pequeñas cobardías cotidianas, de movimientos irracionales, de impaciencia, de intemperancias de lenguaje, de alfilerazos, de recelos sistemáticos, de machaqueos automáticos, de frases pesimistas cogidas nadie sabe dónde. No pode-

mos figurarnos las incalculables pérdidas de felicidad, de energía que sufrimos inquietándonos, refunfuñando, imaginando lo que hubiera podido ser en lugar de lo que es, respondiendo a una sonrisa o a una caricia con una salida de tono o un encogimiento de hombros.

Esto es la mujer. Su misma debilidad la impide, al contrario que al hombre, enfrentarse adecuadamente con la influencia de tan simples naderías: ve montañas inaccesibles allí donde apenas hay un granito de tierra imperceptible que en nada puede dificultar sus pasos. Por cada hombre irreflexivo hay una mujer capaz de reflexionar: y aquellos dos, que entre cien, llegan a conocerse, se unen y son felices. Un filósofo, hablando de las mujeres, las ha definido diciendo "que carecen de continuidad en su esfuerzo lógico, abandonando siempre el razonamiento por la intuición. Hacen matemáticas con los nervios y con el corazón".

En cambio, el hombre, hace estas matemáticas con el cerebro, y cuando los cálculos le fallan, no ha sido por no haber tomado todas las garantías y precauciones necesarias para no equivocarse. En contraste, cuando con esas bases espirituales triunfa una mujer, puede decirse que salió adelante por equivocación, o, al menos, por casualidad.

BIBLIOTECA DE JUAN BRAVO Y CANO

SIGNOS EXTERNOS DEL TEMPERAMENTO SEXUAL

Morenas y rubias.—Errores de apreciación.—El vello y el cabello. — El caso de atavismo de Julia Pastrana. — Caracteres sexuales secundarios. — Las españolas. — Los invertidos. — Seducción. — Opiniones de los antiguos fisonomistas.—Casos curiosos.—Los pequeños de estatura.—La criminalidad y el temperamento sexual. — Dilatación pupilar. Diferencias del impulso. — Los rubios son más ardientes.—La distancia de los tiempos.

A pesar de que no es tan sencillo como parece a primera vista definir con exactitud el temperamento o la capacidad sexual de los individuos de ambos sexos, hay signos, ademanes y actitudes que para un fino observador pueden representar tanto como la exhibición de la patente, por decirlo así, de ese temperamento.

Por regla general se ha creído siempre, refiriéndonos al hombre, que las mujeres morenas y de cabello negro son más ardientes que las rubias y más capaces en cuanto a las manifestaciones de su sexualidad. Frecuentemente también, los hombres incurren en la ligereza de enjuiciar acerca del temperamento femenino cuando observan a una mujer que tiene muy acentuados los caracteres sexuales secundarios, tales como el pecho alto, amplias caderas y fuertes muslos, opinando lo contrario de las que presentan estos caracteres, si no con tendencia al androginismo, al menos poco acusados. Todo esto es tan aleatorio, que no hay posibilidad de establecer un patrón fijo de índole estética para que él sirva de base en el análisis exacto de la capacidad sexual de la observada.

Otro signo que se estima por el vulgo como revelador de una gran capacidad erótica es la abundancia de vello en la mujer, carácter éste que cuando no es consiguiente a la menopausia, revela, al menos, significados trastornos de la función ovárica, siendo en realidad la mujer afectada, por lo general, frígida.

Dice un tratadista a este respecto que un fenómeno muy signi
cativo en el curso del desarrollo de la Humanidad es la reducció
del vello.

Comparado con los demás mamíferos, y en especial con el mon
antropoide, que es el que más se le asemeja, la raza humana no e
velluda. Esta carencia de vello relativa es otra de las conquistas d
la civilización, que probablemente continuará persistiendo y progre
sando en el porvenir. Muchas hipótesis se han hecho sobre las ver
daderas causas y la finalidad de este progresivo proceso de la desapa
rición del espeso vello que primitivamente cubría toda la superfici
del cuerpo humano. No obstante aún pueden observarse individuos
de ciertas razas, en los que la presencia de un abundante vello e
toda la superficie de su cuerpo significa tanto como un detenimient
en esa evolución que nos recuerda la estructura externa del hombr
remoto. Hacia el año de 1820 nació en Méjico una mujer llamada
Julia Pastrana que falleció en 1860, después de haber dado a luz un
niño en Moscow. Los cuerpos de madre e hijo fueron embalsamados
conservándose en un museo. (Lámina II.)

Entre los indígenas de las islas de Surasia aún se encuentran in
dividuos que pueden pasar como representantes del célebre eslabón
perdido de la cadena de Darwin, esto es el tipo de unión entre el
hombre y el mono. Al norte del Japón habita la raza de los *ainous*,
cuyos individuos poseen abundante cabellera y tupidas vellosidades
en todo el cuerpo, aunque en menos proporción el sexo femenino.

Luego la abundancia de vello en la mujer moderna de nuestros
climas, más bien nos parece un simple dato de atavismo que no una
base indiscutible en que fundamentar un grado de sexualidad, si no
queremos atenernos a que ello sea el resultado de una deficiente se
creción de sus glándulas internas y que, como ya hemos dicho, in
fluye notablemente no sólo en el aspecto físico del individuo, sino
también en su estructura moral.

Otro tanto puede decirse del hombre. No es más sensual el que
a un temperamento sanguíneo une esos signos externos de una gran
abundancia de vello. Por lo general, los hombres rubios y de piel
blanca y desprovista de vello, suelen demostrar más capacidad eró
tica que aquellos otros. Y esto mismo, por lo común, ocurre con la
mujer.

En todo el mundo, y especialmente en los pueblos europeos, asiá
ticos y africanos, una mujer de caderas grandes y prominentes repre
senta para el hombre un fuerte atractivo sexual, ya que basa en esos



SIGNOS DEL TEMPERAMENTO

Algunos tratadistas opinan que los hombres de esta constitución son los que experimentan emociones sexuales más intensas.

LAMINA III



LEILA HYAMS, *rubia de la "Metro"*

Es errónea la creencia de que las mujeres rubias son frígidas: por el contrario, suelen mostrar mayor capacidad erótica que las morenas

LAMINA IV

signos la capacidad erótica de su compañera. Tales caracteres no van más allá de ser un exponente de la diferencia de contextura más decisiva de los tipos masculino y femenino, diferencia que exigen las funciones reproductivas de la mujer, pero que no deja de ser un dato significativo para asegurar que la selección sexual marcha casi siempre de acuerdo con la selección natural. Ahora bien: las tendencias naturales no marchan siempre de acuerdo con las teorías de lo que a la belleza estética se refiere, pues nunca se interpreta ésta en el sentido de que aquella mujer sea de temperamento ardiente, sino más bien frígido.

El artista europeo trata casi siempre de atenuar en lugar de exagerar las protuberantes caderas femeninas, siendo digno de observar que otros pueblos de muy distinta educación sexual que los nuestros, como los japoneses, por ejemplo, cifran el máximun de la voluptuosidad en practicar el acto sexual con una mujer de caderas pequeñas. A este propósito dice un autor que "casi en todos los demás pueblos del mundo, las caderas y las nalgas prominentes son tenidas por rasgos de gran belleza, y el hombre, por regla general, sostiene esta opinión aun en los países más estéticos y refinados".

Cuando la estimación por parte de un hombre acerca del temperamento de una mujer sube de punto creyéndose con perfecto derecho a definir terminantemente esa capacidad, es cuando la observa en movimiento. Havelock Ellis dice acerca de este asunto que los caracteres especiales de las nalgas y las caderas femeninas se acentúan al andar y pueden hacerse más conspicuas aún adoptando un modo especial de pasear y de moverse. "Las mujeres de algunos países del Sur se han hecho famosas por la belleza de sus andares. "La diosa se revela por sus andares", dijo Virgilio. España es, entre todos los países de Europa, el que más se distingue en este respecto, observándose en los andares de las mujeres un gran movimiento de las nalgas y caderas. Las españolas, agrega, suelen tener la espina dorsal muy curvada, hasta el punto de producir la forma de espalda conocida por "ensillada", particularidad que confiere gran flexibilidad a la cintura y tan especial prominencia a las regiones glúteas, que en ocasiones se simula ligeramente la esteatopigia, esto es, el desarrollo exagerado de las nalgas. El movimiento vibratorio producido naturalmente al andar y acentuado a veces por medios artificiales se convierte en un rasgo de belleza sexual. Los Papuas dicese que admiran mucho los movimientos vibratorios de las nalgas de sus mujeres y, también como los meridionales europeos, creen que una mujer así ha de ser

ardiente en extremo. Las madres enseñan a sus hijas a practicar esos movimientos desde la edad de siete u ocho años, y las jóvenes andan de esa manera siempre que se hallan en presencia de los hombres, aunque en su ausencia vuelven a moverse de un modo natural y sencillo."

Dice Mantegazza que el carácter esencialmente femenino de este porte hace que constituya una forma de atracción sexual. Hay que tener en cuenta que dichos movimientos se fundan en particularidades anatómicas femeninas y que, por lo tanto, los andares naturales de toda mujer bien desarrollada, tienen que ser, por fuerza, distintos a los del hombre.

Pero no estoy de acuerdo con esta opinión del célebre tratadista italiano. Más que fundarse tales movimientos en esas particularidades anatómicas de que nos habla, creo que depende de la educación, como sucede entre los Papuas, o también del "espíritu de sexo". Entre los invertidos y también entre los pervertidos homosexuales, la tendencia a la similitud completa con el sexo femenino es tan marcada, que no sólo llegan a modificar la voz, sino hasta los andares, que son bastante para confundirles con los de la mujer, siempre, naturalmente, que usen vestidos femeninos o vestidos masculinos, en cuyo caso se diría que era una mujer vestida de hombre.

En un trabajo detallado acerca de la belleza del movimiento, el profesor Stratz hace un resumen de los caracteres especiales que encierra el porte femenino, en la siguiente forma: "Los andares de la mujer se distinguen principalmente de los del hombre, en la mayor brevedad de los pasos, en el movimiento acentuado de las caderas, en el mayor reposo que guarda en relación a cada moción y en el hecho de estar los movimientos equivalentes de la parte superior del cuerpo sostenidos por la rotación de las nalgas, más bien que por la acción de los brazos. Los andares del hombre son más activos y propulsores, los de la mujer más ondulantes y pasivos; el hombre trata, al parecer, de buscar el equilibrio que huye, la mujer de conservar el equilibrio obtenido... El porte de la mujer es bello cuando revela un carácter ondulante y ese esencialmente femenino y el predominio del movimiento de extensión sobre el movimiento de flexión."

Ahora bien: si en esos caracteres congénitos, tales como el color de la piel y del cabello, la abundancia o la escasez de vello, el desarrollo de los pechos, las caderas, los muslos, etc., es posible hallar motivos para juzgar del temperamento sexual de una mujer, en cuanto a los andares, los movimientos, los gestos y las expresiones, todas artificiosas,

ya no es posible asirse al más mínimo dato puesto que todo ello, si puede significar un fuerte atractivo sexual, no sirve para definir en ningún caso la capacidad erótica de aquella mujer. En otro volumen desarrollaremos el tema que se refiere a la seducción, y entonces veremos hasta qué punto puede llegar la coquetería de una mujer cuando trata de lograr la máxima atención de los hombres. Puede decirse que tanto más coqueta es una mujer cuanto más frío es su temperamento. Esta coquetería es una especie de crueldad que no tiene otro punto de vista que el de despertar en torno de la coqueta los más vehementes deseos. Luego, cuando el hombre cayó en sus redes fascinado por tales espejuelos, no es extraño que experimente la más tremenda decepción, al comprobar que aquella mujer, en la que cifró sus mayores deseos eróticos, no es más que un bloque de hielo insensible a todas las caricias y a todas las sugestiones exteriores, aunque el verdadero deleite lo experimente en la práctica diabólica de su actitud, que más bien se refiere al espíritu que a la carne.

La coquetería refleja también un temperamento intelectual; pero una mujer, por muy bella y hábil que sea, siendo coqueta, nunca competirá con ventaja en las luchas amorosas con aquella otra cuyas cualidades se derivan del amor y de las emociones.

En una obra atribuída a Alberto el Grande se dice que las señales que demuestran que una mujer es de temperamento ardiente y de que cohabita con placer son éstas: juventud; mayor de doce años, o más joven, si ha sido seducida; pechos pequeños y altos, llenos y duros; vello en los sitios de costumbre; habla con entereza, pero con voz delicada y alta; es de carácter orgulloso y hasta cruel; de complexión buena, delgada más bien que gruesa; inclinada a beber con moderación. Esta mujer desea siempre el coito y recibe satisfacción con este acto. El flujo menstrual no es abundante, ni siempre regular. Si se queda embarazada, la leche no es abundante. Su sudor es menos oloroso que el de la mujer de temperamento contrario; es amiga de cantar, de moverse, y se deleita con los adornos, si los tiene.

Polemon, en su obra *Sulla physionomia*, enumera, entre las señales del impulso libidinoso, las rodillas vueltas hacia dentro, la abundancia de vello en las piernas, ojos bizcos, brillantes, voz alta y estridente, y en la mujer, piernas largas a partir de la rodilla. Aristóteles ha citado, entre otras señales de lujuria, la palidez del rostro, la abundancia de vello, el cabello espeso y negro, las sienes cubiertas por éste y las pestañas espesas.

Otro autor, el doctor Tourdes, dice: "El temperamento erótico se

ha dicho que está marcado por la delgadez, la blancura y regularidad de los dientes; el desarrollo del sistema capilar; voz, aspecto y expresión características y hasta un olor especial."

Afirma Boucherau que los hombres más propensos a la satiriasis son aquellos que tienen vigoroso sistema nervioso, músculo desarrollado, vello abundante en el cuerpo, color moreno y dientes blancos.

Mantegazza, en su *Fisiología del piacere*, describe así el temperamento sexual en el hombre: "Individuos de temperamento nervioso, aquellos que tienen la piel fina y morena, formas redondeadas, gruesos labios y laringe muy prominente, gozan mucho más, por lo común que los que tienen caracteres opuestos." (Lámina III).

En un caso de ninfomanía—esto es, deseo inmoderado de placeres sexuales—estudiado en una joven y citado por Laycook, las caderas, muslos y piernas eran notablemente gruesos, mientras que el pecho y los brazos estaban muy delgados. En un caso parecido, descrito por Marc, una campesina, que desde edad temprana padecía de hiperestesia sexual, de suerte que sentía sensaciones voluptuosas espasmódicas al ver a un hombre, y era víctima de solitarios excesos y de movimientos espasmódicos que no podía contener, la parte superior del cuerpo era delgada, mientras las caderas, piernas y muslos se hallaban muy desarrollados.

El profesor Tilt dice "que la inquietud de la vista, la apariencia vergonzosa y el cambio de expresión al ver a una persona del sexo opuesto, así como una inquietud nerviosa del cuerpo, siempre en movimiento, cambiando de sitio en un sofá o en una silla, son las mejores indicaciones del temperamento sexual".

Busdraghi refiere el caso de una niña extremadamente sexual, de ocho años, que siempre estaba masturbándose cuando no la veían, aún cuando la educaron las monjas. Dice que tenía cabellos castaños, brillantes ojos negros y nariz respingona, boca pequeña, rostro redondo y agradable, mejillas sonrosadas y cuerpo grueso y sano.

Havelock Ellis dice que una joven italiana, muy inteligente, con impulsos sexuales fuertes y algo pervertidos, era de apariencia simpática, color oliveño, ojos negros y rasgados, pupilas dilatadas, cejas oblicuas y delgadas, cabello negro muy espeso, pómulos más bien salientes, mandíbulas muy desarrolladas y vello abundante en la parte inferior de las mejillas y en el labio superior.

Como tipo de mujer sensual de palabra y de obra, inducida por sus pasiones a cometer diversas faltas sexuales, describe el profesor Ottolenghi a una mujer de treinta y dos años, que intentó matar a su

amante. Hija de padres neuróticos y muy sensuales, era por extremo inteligente y vivaracha, con rostro agradable, cabello castaño muy oscuro, grandes pómulos, nalgas adiposas y vello púbico muy espeso. Le gustaban extremadamente las cosas saladas. La inclinación sexual comenzó a la edad de siete años.

He tenido ocasión de observar en Marruecos que los hombres y mujeres más ardientes son los pequeños de estatura y de complexión débil. El *cheik* Nefzau que floreció allá por el siglo XVI, en su célebre obra *El jardín perfumado*, dice que en todos los casos las mujeres pequeñas gustan más del coito y revelan mayor afecto al miembro viril que las mujeres de elevada estatura. Luego, refiriéndose al temperamento sexual femenino, afirma: "Los signos de "Kapha" (diatesis linfática o flemática) son: ojos, dientes y uñas brillantes; el cuerpo está bien conservado y los miembros no pierden su forma juvenil. El yoni (la vulva) es fresco y firme, carnoso y delicado. Ama y respeta a su marido. Tal es el temperamento linfático, el más elevado.

Viene después la "Pitta" o diatesis biliosa. Es la mujer cuyos senos y muslos son flácidos, cuyo sudor es acre y cuyo yoni es cálido. Experta en la ciencia del congreso, no puede prolongarlo mucho tiempo. Su humor es alternativo y bruscamente colérico o alegre. Tal mujer pasa por ser la de temperamento "Pitta" o bilioso.

Aquella cuyo cuerpo es negro, rudo y grosero, cuyos ojos y uñas son negruzcos y cuyo yoni, en lugar de tener el pelo rizado lo tiene liso y caído, como la cola de una vaca; que ríe de modo estridente, y a la que el instinto lleva a la glotonería, que es habladora y murmuradora y que, en el congreso, carece de todo refinamiento, pertenece al temperamento "Vata" o ventoso, es el peor de todos.

He aquí ahora los signos en que un hombre prudente reconoce que una mujer está enamorada. Ella peina y alisa continuamente su cabellera por deseo de gustar. Se ajusta con frecuencia la blusa, al parecer para arreglarla, pero dejando destacarse los senos. Muerde su labio inferior como si lo masticase. A veces se la ve enrojecer sin motivo (resultado de sus propios delirios) y a veces permanece sentada en un rincón inmóvil. Abraza a sus amigas riendo ruidosamente, acariciándolas tiernamente y aceptando con placer las caricias y los besos de las otras. Besa y acaricia a los niños. A veces se queda inmóvil mirándose el pecho y los brazos. Suspira y llora sin saber por qué. Procura salir al paso de su amante y no encuentra el momento de dejarlo."

Los criminalistas más famosos han coincidido en afirmar que las prostitutas y mujeres culpables de delitos sexuales, así como los varones autores de estos delitos, tienden a ser más bien bajos y gruesos que altos y delgados.

En las tradiciones populares europeas, según afirma un autor ruso, el cuello corto y ancho puede considerarse como un signo de fuerte sexualidad.

Entre los caracteres dignos de atención para definir el temperamento sexual de una persona figuran los ojos brillantes dilatados, observación muy antigua, y a cuyo efecto dice Burton "que las personas que tienen ojos negros, animados y brillantes, son, sin disputa, las más amorosas". Havelock Ellis dice que Tardieu describe a la mujer erótica con ojos brillantes, y Heywood Smith dice que los ojos de las mujeres lascivas se parecen, aunque en menor grado, a los de los locos. La excitación sexual es una de las muchas causas—excitación intelectual, dolor, ruido, irritación sensoria de cualquier clase—que produce dilatación de las pupilas y ensanchamiento de la fisura palpebral con alguna protusión del globo del ojo. No obstante, la influencia del sistema sexual sobre los ojos parece ser menos poderosa en los hombres que en las mujeres, según afirma el doctor Power.

Milner Fothergil, en su libro acerca de la *Indigestión*, describe la aparición de los ojos, que a veces se ven en los trastornos ovarianos: "El brillo que suelen tener las niñas de los ojos de ciertas mujeres es el signo externo de la irritación ovariana, y "la mirada ovariana" tiene rasgos propios. El ejemplo más típico de que he tenido conocimiento se debía a irritación en los ovarios, que habían sido llevados hacia el frente del útero y fijados allí por adherencias. Había escasa inclinación sexual, pero los ojos eran muy notables: brillaban incesantemente, y de cuando en cuando lanzaban verdaderos destellos. Generalmente existe un brillo en los ojos que contrasta con el aspecto muerto de los iris en los casos de excesos sexuales o de abundantes eyaculaciones uterinas."

También se considera como signo indudable de una fuerte predisposición erótica la abundancia de secreción de las glándulas sudoríferas y, especialmente, la humedad de las manos.

También se sostiene que la mujer típicamente erótica tiene los labios gruesos y rojos, lo que coincide con el tipo característico del sátiro en las estatuas clásicas, lo mismo que en los cuadros posteriores; sus labios siempre son gruesos y caídos.

Miguel Scott decía que entre los signos de la mujer cálida hay

que admitir que el cabello, lo mismo en la cabeza que en el cuerpo, es espeso y fuerte y crespo, y Della Porta, el más grande de los fisionomistas, dijo que la espesura del cabello en las mujeres es signo de lujuria. Por otra parte, Roubaud decía que la pobreza del sistema capilar había que interpretarla como una prueba probable, aunque no irrefutable, de frialdad sexual en la mujer. "En la mujer fría, el sistema capilar es notable por la languidez de su vitalidad, el cabello es hermoso, delicado, escaso y suave, en tanto que en las naturalezas ardientes hay pequeños tufos rizados en las sienes." Pergh halló que de dos mil prostitutas jóvenes de Dinamarca, entre aquellas que revelaban una extensión y una cantidad mayor de vello en el pubis, se incluían algunas que tenían reputación de ser libidinosas en alto grado. Moraglia, en Italia, al describir varias mujeres, en su mayor parte prostitutas, de extraordinarias inclinaciones sexuales, hace notar que tenían cabello muy espeso, con vello muy suave en la cara.

Pudiéramos transcribir muchas y muy valiosas opiniones de otros tantos tratadistas célebres; pero hay que tener en cuenta que todos estos signos no les indujeron a establecer una regla general para el análisis de la cuestión, tomando como puntos de vista los datos que adquirieron, ya que si bien pudieran estar de acuerdo con un temperamento no lo estaban con otro diametralmente opuesto.

Havelock Ellis resume todas estas observaciones diciendo que las personas más aptas para practicar la sexualidad suelen ser más bien pequeñas que altas; revelan un desarrollo completo de los caracteres sexuales secundarios; la voz tiende a ser profunda, vivos los ojos, notable la actividad glandular de la piel, prominentes los labios, piel más oscura que la ordinaria, y con frecuencia abundancia de vello en algunas partes del cuerpo. Añade que si bien ninguno de estos signos, considerados separadamente, puede decirse que tienen una relación necesaria con el impulso sexual, tomados en conjunto indican un organismo que responde al instinto de la detumescencia con una aptitud especial o con señalada energía. Desde este punto de vista la observación, así científica como popular, puede concordar con las probabilidades indicadas.

En su obra *Man and Woman*, y acerca de la capacidad sexual, el mismo tratadista dice lo siguiente: "No es posible exponer aquí ninguna generalidad de una manera absoluta. Hay para ello razones definidas. Hay, por ejemplo, la consideración muy importante de que el impulso sexual de un individuo puede ser conspicuo de dos maneras

diferentes. Puede ser prominente, porque el individuo posea un organismo muy vigoroso y bien nutrido, o porque el individuo esté enfermo y el impulso proceda de una irritación mental. En este último caso, aunque a veces se combinen las dos clases de circunstancias, puede faltar la mayor parte de los signos que esperaríamos hallar en el primero de los casos. En realidad, los impulsos sexuales que se derivan de una irritabilidad psíquica morbosa no indican, en la mayoría de los casos, ninguna aptitud especial para la detumescencia; en esto consiste principalmente su carácter morboso.

Es más: de igual modo que el impulso exagerado puede ser sano o morboso, los diversos caracteres, que, según hemos visto, tienen algún valor como indicaciones del impulso, pueden ser también sanos o morbosos. Esto sucede muy particularmente en lo relativo al crecimiento anormal de vello en el cuerpo, sobre todo cuando se presenta en regiones donde normalmente hay poco o ningún vello. Esta hipertricosis es con frecuencia una degeneración, aunque suela estar relacionada con el sistema sexual."

Después de todo lo dicho el lector se creerá con derecho a deducir que todos esos caracteres evidencian claramente un fuerte temperamento sexual. Así es, en efecto, en la mayoría de los casos. Ahora bien, si esta aptitud exterior se fundamenta en los signos reseñados con cierto detalle, ello no quiere decir que el fuerte temperamento vaya unido a una equivalencia de capacidad para los deleites sexuales.

Hemos dejado para la última parte de este capítulo el examen de las personas rubias y de piel blanca desde el mismo punto de vista objetivo. En estos individuos, es cierto que el impulso sexual se revela difícilmente por los signos externos; pero es posible asegurar que poseen mayor capacidad que los tipos morenos de pelo negro para resistir los placeres venéreos. Una rubia, cuyo rostro candoroso, ojos azules, piel blanca, nariz correcta y labios finos sirvan para mostrárnosla como un dechado de continencia, de castidad, de insensibilidad sexual en suma, es cierto que no despertará grandes pasiones carnales; pero no es menos verdadero que llegada la hora del amor, al encontrarse frente a un hombre que reúna todos los caracteres de un temperamento sexual exaltado, ella sea capaz de conducirle a límites insospechados en el terreno de la erótica, demostrando entonces que su sensualidad no está de acuerdo con los signos objetivos. (Lámina IV).

Si una rubia—o un rubio—ofrecen motivos epidérmicos capaces de servir de base para la afirmación de que carecen de aptitud para

la detumescencia, y, además, no muestran grandes inquietudes ante la satisfacción de sus necesidades sexuales, está demostrado que su sociabilidad erótica se contiene en límites amplísimos. Esto es porque los temperamentos fuertes logran la plena satisfacción erótica de una forma violenta, ruda, casi dolorosa, mientras los rubios lo consiguen de una manera más suave, más silenciosa y, al final más duradera y completa. No obstante esta regla, como todas las reglas, está sujeta a las leyes de excepción, por lo que no es posible, repetimos, servirse de cada uno o de todos los signos juntos reseñados para enjuiciar acerca de tan complejo asunto con indiscutibles probalidades de éxito.

En otro orden de apreciación para explicar la mezcla y la composición de los factores que se reúnen en el universo, y cuya influencia es bastante para justificar un temperamento diferente, los filósofos han recurrido a dos procedimientos. Los unos han considerado la materia que los forma. Han observado la figura, el tamaño y la relación, imaginándose, como hicieron Demócrito y Descartes, que podía explicarse suficientemente la naturaleza de acuerdo con los átomos que componen esos caracteres. Otros, como Hipócrates y Aristóteles, están persuadidos de que el origen de esos factores no podría ser conocido sin esta cualidad, y que el contacto entre el conocimiento de las primeras y las segundas cualidades darán lugar para hacer más fácil el conocimiento de la naturaleza. Aristóteles llama a las segundas cualidades "efectos corporales" o "condiciones materiales", o sea cualidades de la naturaleza. Las divide en dos clases, las unas activas y las otras pasivas.

El doctor Venette dice que para explicar mejor los temperamentos de los hombres, los médicos han atribuído las materias y las cualidades de los elementos a cada humor de los cuerpos, diciendo que la bilis es cálida y seca como el fuego, que la melancolía es fría y seca como la tierra, que la flema es fría y húmeda como el agua y que la sangre es cálida y húmeda como el aire.

Este médico tan célebre, y que en su época fué considerado como el más serio tratadista en las cuestiones del sexo, hace el análisis de los temperamentos desde el plano elevado de la filosofía, aunque, no obstante, sus observaciones fueron tan útiles que aún hoy día, después de los siglos transcurridos, cuando la civilización adopta caracteres éticos y estéticos tan diferentes a los de aquellos tiempos, no es posible negarles un valor real y una importancia tales, que bien es

cierto nos han servido a muchos autores como elemento eficacísimo, no sólo de comparación, sino de estudio.

Después de explicar en general los temperamentos de los hombres en una de sus más notables obras (*Tableau de l'amour conjugal*), pasa a examinar los temperamentos que deben tener los dos sexos "para ser fuertemente lascivos".

Dice Venette que al ver un hombre de veinticinco años fuerte y bien constituido se le tomaría por un sátiro que busca incesantemente por todos los medios la satisfacción de sus deseos amorosos. Todas las mujeres le resultan agradables en la oscuridad; no rechaza a ninguna por muy fea que sea; él encuentra a todas capaces de satisfacerle. Su raciocinio no es bastante para contener sus impulsos amorosos, y su temperamento es demasiado ardiente para conformarse con los deleites que le proporcione una sola mujer.

Un hombre que sea agitado por todas las causas de lascivia capaces de excitar en grado sumo su temperamento cálido y seco, sentirá que su pasión inmoderada hace de él lo que quiere sin que se encuentre con fuerzas bastante para moderarla. Su corazón ardiente lo es porque su sangre es extremadamente cálida, sutil y plena de espíritu en todas las partes de su cuerpo inflamado, y agita su pulso violentamente.

Su hígado, que es la parte donde el amor se ha situado, según la opinión de Galeno, está también lleno de fuego y de azufre, y el cuerpo, al que comunica incesantemente sus humores, está todo amarillo por la bilis que engendra. Este calor excesivo se extiende por toda su sangre, dando así paso a la melancolía, el jugo vital se torna más espeso, y por esta cualidad ha de conservarse durante más tiempo el calor que le ha sido comunicado, y como la liebre es el más melancólico de todos los animales, resulta también el más lascivo.

Asegura Venette que este mismo calor que deseca el cerebro y el cráneo de los hombres lascivos, es una de las causas primordiales de la calvicie; esto es, que ocurre lo mismo que con los vapores terrestres, los cuales cuando son secos y muy cálidos no permiten que exista vegetación, siendo ésta a lo sumo muy dura y muy seca. En una piel dura y seca como la de los temperamentos lascivos y secos no hay duda que la calvicie sobreviene y se aumenta cada día por el uso de los placeres de Venus."

Yo creo que esta opinión de Venette, emitida hace varios cientos de años, ha trascendido al vulgo, o bien el citado fisiólogo se fundó en la opinión vulgar que aún existe especificada en el dicho popular de "echar un pelo al aire", eufemismo que encubre la intención de buscar los placeres sexuales.

Este hombre del que Venette hace el retrato, es de un temperamento no sólo cálido, sino amoroso. Conste que nos ajustamos en todo lo posible al pie de la letra del texto francés, edición antigua que ofrece la doble curiosidad de un lenguaje y una expresión anacrónicas. Sigue diciendo que un hombre así parecerá un virtuoso entre las personas más santas, y su naturaleza será favorable a despertar el amor de las mujeres; pero su pasión no se apagará con el amor de una mujer, y ello sería tanto como pretender apagar un gran fuego con una gota de agua, más fácil aún que corregir la inclinación de ese hombre. Esta pasión desordenada que le caldea incesantemente la imaginación es la causa de todos los desórdenes de su vida: es un apetito que se arma de violencia contra su razón, y que destruye a toda hora el bello presente que Dios le hizo. En una palabra, es una enfermedad habitual que se apodera locamente de los hombres ante la belleza de ciertas mujeres. Los reyes y el vino son bien poderosos; más, a decir verdad, la mujer es mucho más; puede decirse que Dios haría un milagro si consiguiera que, sin la mujer, este hombre corrigiese su humor amoroso. Cuando se abandona a los placeres del matrimonio, según el pensamiento de San Agustín, estos placeres se convierten en costumbres, y esta costumbre se hace una necesidad.

Acerca de la mujer, el doctor Venette dice, sobre poco más o menos, lo que del hombre, por lo que no consideramos oportuno referirnos a esta parte de su célebre tratado, habiendo transcrito lo que antecede solamente a título de curiosidad, ya que sus teorías no concuerdan demasiado con la apreciación moderna, científica y popular, de este aspecto tan diverso del problema sexual.

Repasando los más modernos tratados sobre sexología, siempre nos encontramos con citas de los autores antiguos, que en todas las épocas emitieron sus opiniones de acuerdo con las expresiones de aquella actualidad. Ahora, teniendo en cuenta esas dilatadas perspectivas cronológicas, vemos que los signos del temperamento sexual no se muestran tan acusados como cuando la civilización era menos rica en elementos capaces de excitar esa sexualidad. Ahora esas expresiones, como por ejemplo la actitud de la mujer moderna, que va prescindiendo de trabas y mojigaterías, tal vez sean más acentuadas; pero como sucede que a todos nos impresionan por igual, los fenómenos han llegado a convertirse en una manifestación habitual, re-

quiriéndose otros signos, menos epidérmicos, y por lo tanto más difíciles de analizar, sobre todo para la percepción de un mediano observador. Las características en que se basó Venette para emitir sus opiniones servirían de muy poco para el éxito analítico de un fisionomista actual.

TECNICA DEL COITO

Deleite y temperamento.—Principio del coito.—Su mecanismo.—Diversas expresiones del acto sexual. Cómo se produce el orgasmo.—Carácter de las excitaciones.—Transformaciones de los genitales femeninos.—Recursos mecánicos secundarios de excitación. — Movimientos. —Vaginales y clitorianas. Utilidad e inconvenientes de las posturas.—Reseña y discusión.—Las acrobacias de los salvajes.

Si observamos que el temperamento y el impulso sexual no asumen en todos los individuos idénticos caracteres, la práctica de la vida erótica también veremos que ha de responder en sus términos y expresiones a esas bases fundamentales.

Por lo general, puede decirse que tanto más intenso puede ser el deleite sexual, tanto más profundo y duradero el orgasmo, cuanto menos acusado sea en el individuo el temperamento, o, de otra forma, el instinto o el impulso. Esto, naturalmente, siempre que no se llegue hasta el extremo de una frigidez morbosa o patológica o a un grado de sensualidad exageradamente enfermiza.

Al hablar de la técnica de la desfloración, esto es, en el volumen III de estos temas, obligadamente hemos tenido que referirnos al coito, aunque sólo de una forma elementalísima. Ahora, pues, continuaremos, por decirlo así, el tema iniciado en el otro volumen, partiendo de la base de que para que la técnica del coito sea perfecta, es necesario tener bien presente cuanto dijimos sobre la de la desfloración, o sea que las caricias, el juego amoroso, los métodos de excitación, etcétera, son consustanciales con la práctica normal de la sexualidad.

No hemos de insistir sobre lo ya dicho, en primer lugar, por considerarlo ampliamente tratado, y, en segundo, porque hemos de suponer a los amantes, y sobre todo a la mujer, en condiciones perfectas para el comercio carnal.

Hora es esta de advertir que cuando hemos hablado de la "pasividad" de la mujer nos hemos referido, esencialmente, al preludio del

acto, al galanteo, a todas esas circunstancias iniciales que son inherentes a la falta de experiencia sexual de la mujer. Pero ahora, iniciado el matrimonio, o, por mejor decir, el ayuntamiento de un hombre y una mujer, ésta deja de ser pasiva para convertirse en elemento igualmente activo que el hombre. Y si ella, por falta de preparación, de disposición, de "ganas", permanece en una actitud pasiva, allí de la inteligencia del amante para llevarla al terreno en que él desea verse. Nunca, lo repetimos mil veces, debe procurarse el hombre un goce sin hacérselo desear, lo más ardientemente posible, a la mujer. Obrar de otra manera equivale a jugarse la felicidad y el buen concepto que todo hombre debe merecer de la mujer que se le ha entregado.

Ya hemos analizado el estado de tumescencia o de disposición favorable al acto genésico, que se caracteriza por un estado congestivo de la sangre, reflejo de un efecto medular vertebral, y por el aumento de volumen y la erección de los órganos sexuales.

Teniendo en cuenta la gran importancia de la piel como "blanco" del sistema nervioso se comprende el papel primordial que en la sexualidad desempeña, especialmente en las zonas exclusivamente sexuales, cuya excitación por medio del tacto, y por roces suaves precisamente, da lugar al orgasmo, esto es, a la suma de los máximos deleites carnales.

El acto sexual, después de los preliminares indicados, se inicia con la introducción del pene en completo estado de erección, en la vagina de la mujer. El punto más elevado lo constituye la eyaculación del licor espermático en el fondo de la vagina, en cuyo instante, si la armonía es perfecta, se produce el orgasmo simultáneamente.

Con el fin exclusivo de restar crudeza al lenguaje sincero que siempre debiera emplearse en la exposición de estos hechos, pero teniendo en cuenta que puede prescindirse de tan clara dialéctica, sin que ello perjudique en nada la clara comprensión, describiremos el coito según la gráfica y acertada exposición hecha por el célebre fisiólogo francés Roubaud, en la que no omitimos los términos latinos, fácilmente traductibles, sin perjuicio de que luego ampliemos los conceptos de acuerdo con los resultados de las investigaciones modernas.

Roubaud, pues, dice así: "Apenas penetra el *membrum virile* en el vestíbulo, se frota el *glans penis* con la glándula *clitoridis*, que se halla situada en la entrada del canal sexual, y que, merced a su situación y al ángulo que forma, puede ceder y ser empujada y doblarse. Después de esta primera excitación de los dos centros de sensibilidad resbala el *glans penis* por encima de los bordes de los bulbos o labios; el *collun* y el *corpus penis* quedan sujetos entre las partes salientes de los bulbos; pero el *glans*, en cambio, que ha penetrado más, está en contacto con la fina y delicada superficie mucosa vaginal, la cual, gracias a los tejidos eréctiles que se encuentran entre sus membranas, es elástica. Esta elasticidad, que permite a la vagina amoldarse al volumen del pene, aumenta la turgencia y, por lo tanto, la sensibilidad del clítoris, haciendo que la sangre expulsada de los vasos de las paredes vaginales se dirija a los bulbos y al clítoris. Por otra parte, se ha aumentado también la turgencia y la sensibilidad del *glans penis* por la acción compresiva del tejido vaginal, cada vez más hinchado, y de los dos labios en el vestíbulo. Además, es empujado el clítoris hacia abajo por la parte anterior del músculo compresor, donde se encuentra con la superficie dorsal del *glans* y del *corpus penis*, con los que se frota y frota a su vez, de manera que cada movimiento de la cópula influye en los dos sexos, y, sumándose finalmente las sensaciones de la libidine se llega al apogeo del orgasmo, que por un lado ocasiona la eyaculación y por el otro la recepción del semen en la abertura dilatada del cuello de la matriz."

En cuanto al mecanismo del coito, Roubaud no dice más. Pero puede resumirse toda la exposición diciendo que el coito no es más que el roce del miembro viril con la piel de las mucosas de los genitales externos e internos femeninos.

Acerca de los fenómenos que suceden en el acto genésico, todos los tratadistas se han empeñado en amplios debates, por lo que puede afirmarse que tales fenómenos no son aún bien conocidos, ya que no es posible prescindir de las circunstancias del temperamento, la constitución, la atracción sexual y múltiples factores más que concurren de manera evidente para dificultar, o, mejor dicho, imposibilitar que las apreciaciones sean uniformes hasta el extremo de permitir enjuiciar desde un punto de vista unánime.

Aún entre individuos perfectamente normales y bien orientados en materia sexual esos fenómenos varían extraordinariamente y casi nunca se producen con igual equivalencia. Luego no es posible, repetimos, describir exactamente los fenómenos de carácter general del acto, pues si en unos se manifiesta el placer del orgasmo por un temblor imperceptible casi, en otros llega al punto de una excitación extrema, tanto moral como fisiológica, que acaba en una verdadera exaltación, en un frenesí angustioso. Pero hemos hablado de los límites extremos: entre ambos existen infinitos términos medios de

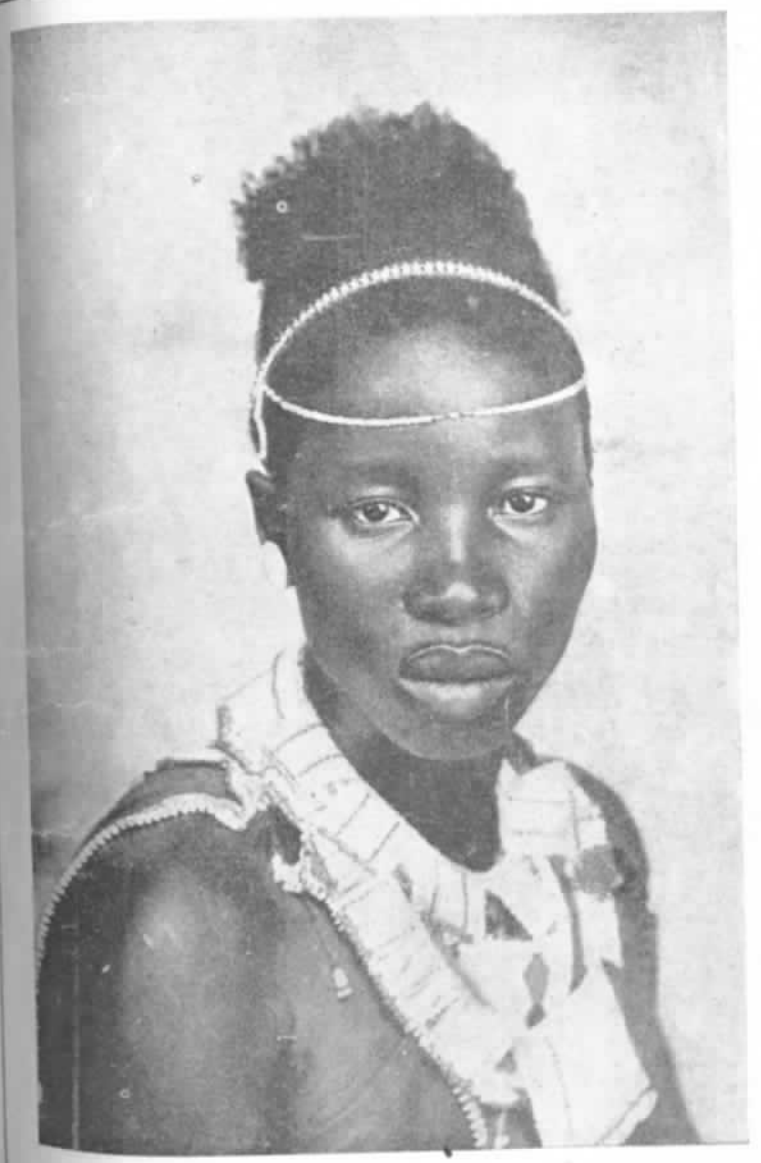
gran variabilidad, lo mismo si lo apreciamos entre individuos diferentes, como si estudiamos a un solo individuo.

Ya hemos dicho que el coito es, sencillamente, el total de las excitaciones producidas en ambos sexos por la fricción de los dos aparatos genitales. Rozándose el pene entre las paredes vaginales, cuyos pliegues son más o menos ásperos, más o menos rugosos, y de estructura longitudinal y transversal, se produce la excitación de las terminales nerviosas del miembro viril, especialmente las del glande hasta el punto de presentarse por vía simpático-espinal el efecto reflejo bajo la forma de una descarga representada por la eyaculación del licor seminal. Simultáneamente, las excitaciones sucesivas y cada vez más intensas van transmitiéndose a las capas corticales del cerebro, donde se convierten en "sensaciones voluptuosas de alta tensión". A este estado que se origina por la transmisión de la última corriente, sucede la eyaculación de la última porción seminal, y después viene la sensación de relajamiento, de satisfacción, que equivale también a una suma de voluptuosidad, de magnífico bienestar del organismo todo.

Pero, volviendo al mecanismo, hay que tener en cuenta que esas excitaciones nerviosas son muy variables, tanto en matiz como en intensidad. Dice el doctor Van de Velde que las diferencias tan notables en estas excitaciones dependen del hecho de si tales sensaciones alcanzan con más intensidad el frenillo prepucial o si causan su principal efecto sobre el borde posterior del glande, si la vagina resulta más estrecha o más ancha, si dispone de mayor o menor número de pliegues o es lisa, si el anillo vulvar aprisiona con fuerza el pene o si tan sólo se adhiere a él ligeramente, si la punta del pene roza sólo a la *portio* o si no la alcanza siquiera; todos estos son, pues, momentos importantísimos para provocar el deleite sexual.

Todo esto hemos de resumirlo diciendo que es una condición esencialísima que la armonía de los genitales masculinos y femeninos sea perfecta y no existan grandes diferencias anatómicas u otras causas que estudiaremos por separado en el volumen titulado *Imposibilidad del goce*.

Ahora bien: tales defectos pueden afectar más a la mujer que al hombre, si tenemos presente que la capacidad de excitación de éste es mucho mayor que en aquélla. En el hombre, aun suponiéndole provisto de un miembro viril pequeño, y, además, admitiendo que la mujer posea una vagina dilatada y lisa, o sea, las circunstancias más dispares, puede suceder que él realice el acto sexual normalmente, recurriendo en primer lugar a los estímulos psíquicos, ya que físicamente el mecanismo sólo puede producir un roce leve, casi imper-



MUCHACHA ZULÚ

Entre estos salvajes son preferidas para esposas las mujeres que saben adoptar en el coito las posturas más raras y violentas.

LAMINA V



BELLEZA BIRMANA

Estas mujeres poseen la rara habilidad de poder contraer los músculos vaginales con gran energía en el momento del acto sexual.

LAMINA VI

cptible, pero no tanto que el hombre no advierta la penetración de su miembro en un reducto tan dilatado. Puede decirse también que cuando los estímulos mecánicos son tan deficientes, se suplen con los recursos psíquicos, y en este caso, al efectuarse el acto de una manera más lenta, sucede que el deleite que él experimenta puede ser mayor, o, al menos, más prolongado.

Mas entonces, la mujer se hallará situada en un plano infinitamente inferior. Ella, a lo sumo, sólo recibirá excitaciones clitorianas, sin apreciar el roce vaginal ni hasta la titilación del cuello uterino, que, al decir de algunos tratadistas, puede considerarse como una zona erógena importante.

No obstante, si el juego de excitación se ha llevado a cabo por parte del marido, la dilatación de las paredes vaginales resulta a consecuencia de la secreción de las glándulas lubrificadoras vestibulares, y no es tan fácil que la mujer participe plenamente del acto sexual. La excitación genésica produce en los genitales femeninos una hipertrofia de la mucosa uterina y la contracción consiguiente de las paredes vaginales, descendiendo el útero, estrechándose la entrada vaginal y todo el conducto. Estas circunstancias dan lugar a una reducción elástica del tubo y de la entrada vaginal, en cuyo caso el pene ya no ha de estar tan libre como si faltase la excitación tan necesaria. A la vez, huelga decirlo, la mujer notará la sensación del roce del miembro viril, produciendo, por lo tanto, las consiguientes excitaciones.

Otro notable recurso de la excitación en la mujer tiene lugar a consecuencia de la contracción involuntaria de los músculos pelvianos, originada por el progresivo aumento de la tensión erótica. A la vez, naturalmente, el pene resulta más oprimido, sobre todo cuando la contracción la efectúa la mujer voluntariamente.

La pasividad de la mujer en el mecanismo del coito puede perjudicarle a ella tanto como a su amante, en el sentido de dificultar la producción del orgasmo. Pero tal pasividad mecánica—no psíquica—, sólo existe cuando la mujer es poco experta o cuando es voluntaria, ya que por pasiva que sea, siempre "puede" efectuar los movimientos de rotación en lo que ha de ser ayudada por su marido. Ahora bien, cuando los cónyuges están acostumbrados a la práctica sexual puede decirse que la pasividad mecánica afecta más al marido que a la mujer, en cuyo punto, justo es decirlo, el egoísmo de él juega un papel significativo. La mujer adelantará y hará retroceder su pelvis produciéndose la más amplia desviación de los órganos para tornar a unirse lo más íntimamente posible, a fin de hacer más frecuente el roce.

En caso contrario, una detención en los movimientos puede ocasionar la pérdida de una buena parte de tensión erótica en ambos cónyuges.

Acerca de los movimientos del coito, dice Ellis que la actividad motora es general, a la vez que especificamente sexual, existindo una tendencia general hacia movimientos más o menos involuntarios, sin aumento alguno de poder muscular voluntario, el cual, en verdad, decrece.

Un aspecto interesante del contacto sexual, es el que se refiere a las posturas que han de adoptar los cónyuges, según que se trate de obtener el máximo deleite, se buscan las mayores probabilidades de fecundación, o, por otra parte, de hacer compatible la práctica sexual con ciertos "defectos" o "excesos" constitucionales, como por ejemplo la delgadez o la obesidad de los cónyuges, etc.

A veces la adopción de ciertas posturas se hace necesaria cuando la mujer ofrece en sus órganos alguna particularidad, especialmente en lo que al clítoris se refiere; en algunas mujeres, este pequeño órgano puede ser tan reducido, de tan escaso desarrollo, que escape al radio de acción del pene en sus frotamientos característicos. Este punto tan sensible de la sexualidad femenina puede estar situado muy alto, por encima del hueso púbico, o tan bajo que resulte casi cubierto por éste. Además, la inclinación de la pelvis llega en algunas mujeres a constituir un gran defecto, especialmente cuando este hueso aparece saliente y muy levantado. No obstante, al cabo de algún tiempo de relaciones sexuales, el clítoris llega a adquirir mayor volumen o relieve, apareciendo sobre la zona de excitación del pene.

Estos defectos tan simples, pueden tener a veces bastante más importancia de lo que en sí representan, puesto que una mujer así, en los brazos de un hombre poco inteligente, pasará por frígida en el terreno normal, en tanto que no se ocupe detenidamente de las verdaderas causas de esa frigidez sólo aparente.

Las excitaciones que el coito normal deben producir en la mujer, han de ser tanto clitorianas como vaginales, practicándose de esa forma combinada para que la experimentación del orgasmo sea completa. Van de Velde aconseja la excitación clitoriana por medio de los toques digitales, y esto cuando dada la excepcional situación del clítoris no sea posible llegar a él con el pene. Pero yo no aconsejo esa técnica combinada, en primer lugar, porque no resulta tan fácil practicarla, y, después, por la razón sencilla de que el hombre, al faltarle el sostén de un brazo, habría de descargar su peso sobre el cuerpo de la mujer sin poder utilizar la mano libre para acariciar a su

BIBLIOTECA DE JUAN BRAVO Y CANO

amante. Naturalmente, tal dificultad se presenta en la postura normal, o, mejor dicho, la más frecuente, puesto que ella permite la práctica de todos los recursos psíquicos y físicos más útiles.

Algunos tratadistas indican la excitación vaginal como más importante que la clitoriana, y creo que ello es un error notable. La lubrificación del portio y del canal vaginal, esto es, la secreción de las glándulas correspondientes, ya hemos dicho que es indispensable para la práctica correcta del coito. Si esta lubrificación no se hubiese conseguido, huelga decir que toda tentativa de intromisión que se realice ha de resultar, si no imposible, al menos dolorosa. En cambio, ejerciendo los toques de excitación sobre el clítoris y especialmente en la parte correspondiente al frenillo clitoriano, esa lubrificación se consigue mejor que con un dedo, con el miembro viril, esto es, con el glande, lo que a la vez representa para la mujer un mayor estimulante psíquico.

Por otra parte puedo afirmar, y esto por testimonios de mujeres que se masturbaron, que en sus maniobras autoeróticas, o combinaban la excitación clitoriana con la vaginal, o solamente lo hacían actuando sobre el clítoris como medio más eficiente para lograr el fin propuesto. Ahora bien, estimo que si la excitación del pequeño órgano produce más pronto el deleite, la acción aislada sobre los tejidos sensibles del canal vaginal, de efectos más lentos, puede traducirse, aunque no en todas las mujeres, en una mayor duración del orgasmo. Todo esto, justo es decirlo, resulta bastante aleatorio, puesto que hemos de admitir que existen mujeres "vaginales", "clitorianas" y "vaginoclitorianas", según donde radiquen los más sensibles focos de excitabilidad sexual.

Partiendo de la base científica y práctica, huelga reseñar las innumerables posturas aconsejadas por los tratadistas orientales, especialmente las sesenta y cuatro que Vatsyayana recomienda en el "Kama-Sutra", que son las que llegaron a hacerse más célebres, no en el Oriente, sino en el Universo entero.

Por otra parte, no hay que considerar imprescindible la exposición detallada de estas posturas, ya que nadie mejor que los propios interesados pueden saber cuál es la que más conviene a la práctica de su sexualidad.

En cuanto a las probabilidades de fecundación, es necesario decir que todo coito practicado normalmente, esto es, haciendo que el orgasmo se opere simultáneamente en ambos amantes, supone un au-

mento de posibilidades para el embarazo. Otra cualidad necesaria para el mismo fin es que el esperma llegue lo más rápidamente posible al orificio del cuello uterino, aunque el orgasmo no haya sido simultáneo, y en este aspecto también juega un importante rol la postura adoptada por los amantes. Pero, dicho sea en honor a la verdad, mientras el licor seminal no sea eyaculado fuera de la cavidad genital femenina, las diferencias entre las probabilidades de fecundación no son nada notables, en tanto no intervengan factores químicos contenidos en las secreciones vaginales.

Las dificultades que pueden presentarse para la práctica del coito en el caso de embarazo avanzado o a consecuencia de adiposidades más o menos acentuadas de los cónyuges, quedan notablemente atenuadas recurriendo a ciertas posturas que citaremos, y, en otro aspecto, en el de la erótica exclusivamente, no hay duda que otras posiciones pueden influir para que el deleite produzca las máximas sensaciones. Tales ventajas se derivan tanto de la calidad de las excitaciones, como de la "novedad" de la variación, en cuyo caso más resultan de índole psíquica que física exclusivamente.

Todas las posiciones de que se ocupan los tratadistas contemporáneos están inspiradas en los antiguos métodos orientales. Van de Velde, el célebre ginecólogo de Haarlem, señala como los más importantes, aunque en ellas admite diversas variaciones, hasta diez.

Estas dos posiciones son la *positio obversa* y la *positio aversa*. En la primera, hombre y mujer se hallan frente a frente, y en la segunda, ella está de espaldas a su compañero.

Las variaciones que indica para la primera son las siguientes:

"*Postura normal*. La mujer está echada sobre el dorso, los muslos abiertos y las piernas ligeramente flexionadas. El hombre, colocado encima, disminuye más o menos su peso apoyándose sobre el lecho con los codos y las rodillas, manteniendo las piernas entre las de su pareja."

En el aspecto psíquico no hay duda que esta primera modalidad reúne las mejores condiciones de aproximación, ya que los amantes pueden verse y acariciarse empleando los métodos de excitación más naturales. Ahora bien, en el caso de embarazo, una presión exagerada sobre el útero grávido puede incluso provocar el aborto, y cuando el volumen del vientre es mayor, además de ser peligrosa esta modalidad, resulta molesta y hasta puede imposibilitar el acto.

Aunque Van de Velde afirma que la intensidad de las sensaciones amorosas despertadas por esta clase de coito es mediana, yo no lo

creo así. Teniendo en cuenta que la dirección del miembro viril es hacia arriba y la del canal vaginal hacia abajo, no habiendo notables diferencias entre el volumen de un órgano y la capacidad del otro ni existiendo defectos de conformación pélvica en la mujer, tanto el roce del clítoris como el del canal vaginal se operan simultáneamente. Por otra parte, la dirección de los órganos es una circunstancia que garantiza un frotamiento perfecto sin posibilidad de roces más o menos violentos, pero molestos al fin. Así pues, considero esta postura como la más indicada cuando no concurren las circunstancias que obligan a proscribirla.

"*Postura tendida*. Una vez realizada la introducción del pene, en posición normal, unirá la mujer ambos muslos, estirando las piernas de tal modo, que los muslos del marido sean los que tengan aprisionados los de ella."

El autor reconoce como ventajas de esta postura las siguientes: que el hombre logra un aumento de excitación sobre el cuerpo peneano y la seguridad de que el pene no se desliza de la vagina. Y esto, sinceramente, me parece inadmisible. En primer lugar, el hombre recibe una excitación "que no necesita" y que no es mayor a la obtenida en la modalidad anterior: en segundo, porque la penetración en la vagina es menor, y, por lo tanto, no sólo la mujer ha de sufrir las consecuencias, sino que también apreciará idéntico inconveniente, y, por último, que los movimientos no pueden ser tan acentuadamente normales, ya que con gran frecuencia ocurre que el miembro escapa del conducto vaginal. Como otra ventaja para la fecundación asegura que permite la retención del esperma dentro de la vagina, ya que los muslos de la mujer están fuertemente apretados. No puede ser satisfactoria tal argumentación, puesto que no es necesaria la permanencia de toda la masa espermática para que la fecundación ocurra, y, por otra parte, que con la variación primera, sin la molestia para la mujer de soportar el peso del hombre, ya que éste puede retirarse después de haber eyaculado, se consigue la retención del semen sólo con que la mujer cierre las piernas.

Para la postura tendida, y a fin de hallar la más íntima unión entre los órganos de los dos sexos, aconseja que la mujer se coloque una almohada redonda y dura bajo la región lumbar con objeto de conseguir una inclinación más acentuada de la entrada pelviana, que trae como consecuencia el descenso del arco púbico, y, por tanto, del clítoris, que se ofrece en tal caso mucho más vulnerable al roce del pene. Esta posición es una de las variaciones de la de Walcher, cuya re-

producción gráfica figura en el volumen III de esta colección. Por mi parte, no la reconozco ninguna ventaja notable, como no sea, simplemente, la que lleva consigo cualquier variación. No obstante, me parece insustituible para la desfloración.

"*Postura flexionada*. Consiste en que la mujer, que se halla tendida sobre el dorso, coloca sus piernas, flexionadas a la altura de las caderas, por encima de los hombros de su marido, el cual se halla echado sobre ella."

Dice el autor que tal postura es la favorita de los chinos, a lo que es necesario añadir que para los musulmanes es también la preferida, no sólo en las relaciones entre hombre y mujer, sino también en las homosexuales masculinas a que tan aficionados son los indígenas del norte de Africa especialmente.

La excitación lograda por este método, que permite un acoplamiento perfecto, es más importante para el hombre que para su compañera, puesto que en todos los casos el estímulo sobre la región clitoriana no existe porque no es posible, a no ser que este órgano sea muy desarrollado, lo que ni en las chinas ni en las africanas constituye una particularidad morfológica.

Los principales estímulos, en este caso, se concentran sobre la pared anterior de la vagina y el borde posterior de su entrada. El miembro viril, en cambio, penetra hasta su raíz. Sólo es aconsejable tal postura en los casos de vagina muy dilatada, aunque no es posible practicarla por todas las mujeres. Por otra parte, una penetración violenta puede producir traumatismos serios en el cuello del útero, especialmente cuando el canal vaginal, aun siendo ancho, sea también corto. En resumen, si puede resultar favorable para el erotismo del hombre, no es tan fácil que ocurra lo mismo en lo que a la mujer se refiere.

"*Postura de jinete (en la mujer)*. Dicha posición se caracteriza técnicamente de la siguiente manera: Colocación en decúbito del marido (eventualmente se coloca una almohada bajo la región sacral), con las piernas ligeramente flexionadas, de modo que los muslos ofrezcan un cierto punto de apoyo a su mujer. Una vez introducido el pene, se sienta la mujer encima del marido, echándose en lo posible hacia atrás y quedando su cara dirigida hacia la de él. El hombre no realiza movimiento corporal alguno, mientras la mujer debe ejecutar movimientos estimulantes sistemáticos muy lentamente y bastante prolongados, levantándose y agachándose alternativamente, pero quedando siempre en posición sentada. Mientras que se sienta, da de una manera simultánea a su pelvis la máxima inclinación posible (es decir, conduce el arco pubiano lo más atrás que pueda), estirando cuanto le sea posible todo el cuerpo, especialmente en la región lumbar de la columna vertebral. En el movimiento ascendente se reduce de un modo considerable la inclinación pelviana, levantándose el arco pubiano y colocándose más bien en dirección delantera."

Esta postura, como casi todas las indicadas por los tratadistas, tiende más a favorecer al marido que a la mujer, la cual, en primer lugar, desempeña el máximo papel de actividad mecánica, mientras el hombre permanece completamente inmóvil. El deleite es mayor para él, puesto que el miembro viril penetra en toda su longitud en el fondo del saco vaginal; pero la mujer, al estar echada fuertemente hacia atrás, las excitaciones que recibe son exclusivamente vaginales, en que la región clitoriana, tratándose de un clítoris normal, es difícilmente rozada por el pene. En la práctica se observa que la mujer, naturalmente deseosa de excitaciones adecuadas, prescinde de las indicaciones de los tratadistas y toma el grato acuerdo de inclinarse "hacia adelante", con el fin de procurarse el roce del pene sobre el órgano clitoriano.

Al inconveniente de que en tal postura es imposible la práctica del beso, Van del Velde opone la ventaja de que los amantes pueden verse los rostros fácilmente, comprobando en los gestos las diferentes gradaciones de la excitación, lo que, no hay duda, debe estimarse como un gran recurso psíquico. Pero, esto no obstante, los inconvenientes son mayores que las ventajas ofrecidas por tal sistema, del que la mujer, principalmente, tarda bien poco en cansarse, optando por la actitud relativamente pasiva que la corresponde. Por último, tampoco aconsejo dicha postura.

"*Posición sentada anterior (frente a frente)*. El coito en esta posición se verifica de modo que mientras que el hombre se halla sentado, la mujer está en suspensión, apoyada sobre los muslos del marido (a horcajadas). Uso intencionadamente la expresión "en suspensión" (o suspendida), no verdaderamente sentada, ya que sus tuberosidades isquiáticas no encuentran apoyo alguno, porque el hombre tiene las rodillas separadas."

De todas las anteriormente citadas, esta posición, por ser un variante de la normal, me parece hasta ahora la más aceptable, y, desde luego, la más adecuada para la excitación clitoriana. En cambio obliga al pene a accionar hacia abajo, o sea invirtiendo su trayectoria natural, y, además, la penetración en la vagina es bastante menor. Otro in-

conveniente es el evidente desacuerdo que bien pronto se advierte en los movimientos de ambos cónyuges, puesto que ambos deben emplear su actividad. Puede emplearse, a más que como novedad de variación, en caso de embarazo. Las mujeres de gran temperamento se aficionan bien pronto a esta postura que, indudablemente, produce viva excitación clitoriana, y en cambio no causa posibles molestias en los órganos internos, en vista de que la penetración del miembro viril no es completa.

"*Posición lateral anterior (frente a frente)*. En igual forma que el lado derecho puede emplearse el izquierdo, pero, sin embargo, la práctica prefiere el primero, o sea, el lado derecho para la mujer y el izquierdo para el hombre. Sólo puede llevarse a efecto la práctica de esta posición lateral teniendo la mujer la pierna más o menos flexionada y debajo de su marido. La otra pierna de la mujer, colocada por encima del marido, puede flexionarse o distenderse a voluntad y comodidad."

Rechazo en absoluto esta postura incómoda, aunque la mujer no haya de soportar el peso del hombre, como ocurre en la posición normal, porque, aparte de que la intromisión del pene difícilmente es completa, los movimientos del mecanismo natural no resultan tan fáciles y el peso del cuerpo del hombre sobre la pierna aprisionada de su mujer resulta no sólo molesto para ambos, sino hasta doloroso también.

En cuanto a la segunda posición, o sea la *positio aversa*, señala las siguientes posturas:

"*Posición abdominal.*" No merece la pena transcribir lo que el tratadista dice respecto de esta posición incómoda, dificilísima y sin ofrecer la más mínima probabilidad para cualquier excitación de orden psíquico. La mujer, echada boca abajo, ha de abrir los muslos para que el hombre pueda conseguir una penetración forzada del pene. El clítoris no sufre ningún roce, y las excitaciones de la vagina han de ser reducidísimas en vista de la escasa penetración del miembro viril. No ofrece ni la más mínima ventaja, e ignoro las razones que habrán inducido a Van de Velde a hacer alusión, ni de pasada siquiera, a esta variedad casi imposible.

"*Posición lateral posterior.*" Se extiende en amplias consideraciones acerca de tal modalidad, pero, aunque más fácil de practicar que la anteriormente descrita, resulta incómoda en alto grado. No existe ni excitación clitoriana ni vaginal. Esta posición parece que fué ideada por cualquier hombre saciado del todo, y que, por añadidura, no

tenía interés alguno por su mujer. No olvidemos que el hombre, medianamente excitado necesita de bien poco para experimentar el orgasmo, aunque, como en este caso, las excitaciones no puedan ser ni más escasas ni más desprovistas de espiritualidad.

"*Posición genuflexionada.* Entiendo bajo esta denominación la posición en que la mujer se halla de rodillas, mientras que su cuerpo, junto con los muslos, forma un ángulo recto o ligeramente agudo. Puede estirarse el cuerpo horizontalmente, sirviendo entonces de apoyo las manos y los antebrazos o apoyándose sobre una base suficientemente alta. También puede resultar fuertemente inclinado (desde la pelvis hasta la cabeza), apoyándose entonces con los codos y los hombros sobre la base baja (posición genupectoral o en plegaria mahometana (1), tan usada en ginecología), formando entonces, con los muslos enderezados, un ángulo muy agudo. El marido se colocará, hallándose en pie, detrás de la mujer arrodillada sobre una cama no muy alta o sobre un diván, pudiendo también ponerse de rodillas. El hombre puede conservar la posición más o menos vertical de su cuerpo o inclinarse tanto hacia adelante que se apoye sobre el dorso de la mujer, adoptando entonces la correspondiente posición horizontal. En esta segunda posición concuerda la dirección del pene casi con la vagina, pero debe tenerse en cuenta que en esta clase de coito, las ligeras incurvaciones propias de la vagina y el pene siempre resultan antagónicas."

Sinceramente, acepto esta variación, en la que si bien no es posible el beso, cabe la posibilidad de que el hombre pueda manipulra con cierta facilidad en las zonas erógenas más importantes de su cónyuge, tales como el clítoris y los pechos, lo que, hasta cierto punto, puede remediar cierto estado de frigidez en ella. Además, el pene roza con eficacia el clítoris y produce intensas excitaciones vaginales, ya que la penetración es completa.

No obstante, la mujer necesita de cierta práctica para llegar a apreciar las ventajas del sistema, pues no hay que olvidar que la presión de los músculos vaginales puede expulsar el pene, contratiempo que no deja de ser bastante molesto en todos los casos.

En la posición genupectoral citada surge un inconveniente de índole estética, por decirlo así. A causa de la enorme distensión de la vagina, el conducto absorbe cierta cantidad de aire que produce una

(1) Esta posición se halla gráficamente descrita en el volumen III titulado, *La desfloración y su técnica*.

dilatación de sus paredes, desapareciendo casi por completo los pliegues transversales. Esta presencia de aire puede atenuar el roce del miembro viril con la superficie vaginal, disminuyendo, por tanto, las probabilidades de excitación. Además, en virtud del movimiento de vaivén del pene, se produce la salida de aire que siempre va acompañada de ruidos muy desagradables y fuertes a veces.

A causa del peso del paquete intestinal, éste desciende empujando el útero hacia abajo, el cual queda en tal posición que casi siempre suele coincidir el borde u hocico de tenca con el glande peneano. Esta circunstancia contribuye a aumentar las posibilidades de fecundación, puesto que el semen suele ser vertido directamente en dicho orificio uterino. Por otra parte, tal variación parece ser una expresión de atavismo, basada, además, en el ejemplo de los animales.

"*Posición sentada posterior*. El hombre se halla sentado y tiene a su mujer vuelta de espaldas sobre su regazo. Se separan entonces los muslos del marido ligeramente y los de la mujer de un modo acentuado, para que la vulva quede bien expuesta. Al hallarse la mujer sentada de modo corriente, queda la vulva más o menos dirigida hacia adelante, siendo muy difícil la introducción del pene, o, al menos, una vez conseguida aquélla, existe el peligro de que al moverse el miembro viril en sus típicos movimientos de vaivén pierda su camino y escape por debajo del arco pubiano. Sólo puede evitarse este inconveniente mediante un aumento, por parte de la mujer, de su inclinación pelviana, es decir, contrayendo las caderas y colocando así hacia atrás el *introitus;* también el marido puede, a su vez, inclinar el cuerpo, bien hacia adelante, bien hacia atrás."

Basta esta ligera exposición para comprender que tal postura no es nada cómoda. Ni el pene logra una introducción completa, ni las excitaciones clitorianas son acentuadas. Sólo cuando la mujer consigue cierta práctica y echa el cuerpo adelante cuanto es posible, es fácil lograr una suma de excitaciones físicas normales. Pero hay que tener en cuenta que tampoco es dable la práctica de determinadas caricias. Tampoco estimo interesante dicha variación desde ningún punto de vista.

Pese a todas estas modalidades propuestas en los párrafos anteriores, los tratados de amor orientales citan numerosísimas formas de "congreso", que he de estimar más interesantes desde el punto de vista de la variación, lo que, por otra parte, pone de manifiesto hasta dónde llega la fantasía de la sexualidad oriental, cuyos individuos son, sin duda alguna, los que más partido erótico sacan de los deleites conyugales. No obstante, prescindimos de reseñar tan íntimos detalles, porque, entre otras cosas, hemos de estimarlo secundario y hasta cierto punto apartado de la pauta propuesta.

Muchos matrimonios exprimen la imaginación para aportar modalidades nuevas a los encantos del contacto sexual, y a veces ocurren trastornos fisiológicos, que no aciertan a explicarse, cuando los motivos pueden encontrarse en una técnica equivocada y bastante para producir perturbaciones, algunas veces graves, sobre todo en la mujer, dada la sensible vulnerabilidad de sus órganos genitales internos.

En caso de embarazo, debe proscribirse en absoluto toda postura que implique una profunda penetración del miembro viril, y, sobre todo, las que tiendan a ejercer presión sobre la zona donde está emplazado el útero grávido.

Entre los zulús, el coito se efectúa, corrientemente, de una forma que para nosotros no tiene explicación, aunque entre dichos salvajes sea la preferida. La mujer, echada de espaldas en el suelo, pero con un lecho duro bajo la región lumbar, dobla las piernas de forma que casi llega a sentarse sobre los pies, en tanto que los muslos se abren en la máxima distensión. El hombre permanece sentado sobre la misma almohada o lecho duro que a ella le sirve para hacer más saliente la región púbica, inclinando su cuerpo todo lo posible sobre el de la mujer. En el movimiento de vaivén participan ambos por igual, efectuándolo sólo en sentido de rotación vertical, para lo que sirve, como si dijéramos, de eje, el lecho sobre que los dos se sientan.

Otras mujeres tienen la rara habilidad acrobática de tumbarse en el suelo apoyando la cabeza sobre los pies enlazados sobre la nuca. La muchacha zulú que practica este sistema, suele ser apreciadísima por los más inteligentes en materia erótica (Lámina V).

LOS DIVERSOS FENÓMENOS DEL COITO

Procesos fundamentales.—Olores durante el coito. Casos.—Estado físico.—Diversas actividades.—La risa y el miedo.— Intoxicación erótica.— Sistema nervioso.—Actividad de la mujer.—El útero.—Presentación del orgasmo.— Signos de la excitación. El rostro.—Expresiones repulsivas.—Mis investigaciones.—La mujer embellece.—Detalles psíquicos. El afán de ser madre.—Imposibilidad de pensar. Occidente y Oriente.

Es natural compreder que una emoción tan intensa como la que el orgasmo del coito lleva consigo haya de producir diversos fenómenos, unos como causa y otros como consecuencia de la violenta conmoción que afecta a todo el organismo psicofísico.

Los procesos que se desarrollan en el individuo durante el acto sexual, pueden dividirse en cuatro clases: de las glándulas, del sistema circulatorio, de los músculos y del sistema nervioso. Como se ve, repetimos, todo el organismo participa de la función que, por lo general beneficiosa, no deja de ofrecer determinados peligros, aun hallándose el individuo en estado normal, de lo que nos ocuparemos más adelante.

Las glándulas sufren diversas alteraciones de variadísima influencia. Las productoras de saliva, ora dejan de funcionar, o bien se desenvuelven en una actividad inusitada. Yo conocí a un individuo cuya secreción salivar durante el coito era tan abundante, que en algunas ocasiones había de tragarla incesantemente, constituyendo ello, según él, una molestia enorme. Otros, por el contrario, experimentan una sensación de sequedad, que puede influir notablemente en el retardamiento del orgasmo.

En virtud del esfuerzo corporal que se realiza durante el acto, nada tiene de extraño que las glándulas sudoríficas resulten excitadas en su actividad, especialmente las axilares (los sobacos) y los huecos poplíteos, o sean las corvas, aunque a ello están más sujetas las mujeres que los hombres.

Algunos autores conceden gran importancia a la secreción sudorífica, puesto que aumentan la excitación sexual del compañero en virtud de la hipersecreción de substancias olorosas que afectan al olfato. No puedo admitir esta opinión, establecida aludiendo a términos generales, en primer lugar, porque los olores de esas secreciones ocupan, al empezar el acto del coito, un lugar secundario, casi imperceptible, como no se trate de grandes olfativos, y en segundo orden, porque cuando no existen muy destacados estimulantes de naturaleza psíquica, esos olores pueden ser altamente desagradables y motivar cierta repugnancia en quien los percibe.

Estos olores naturales, que en tiempos muy lejanos es cierto que desempeñaron una importante misión en la selección sexual, han sido suprimidos, hasta cierto punto, por la civilización, que los sustituye por los perfumes artificiales, en los que, no obstante, entran para su composición las substancias de las glándulas sexuales de animales diversos.

Antes del coito, esto es, antes de la unión carnal, los olores específicamente humanos pueden significar una fuerte atracción en el olfato de personas perfectamente normales. El Dr. Binet refiere que un estudiante de Medicina que estaba un día sentado en un banco ensimismado en la lectura, notó de repente una violenta erección, y levantando la vista del libro observó que se había sentado cerca de él, en el mismo banco, una mujer que despedía "un olor muy fuerte".

Dice Bloch—no lo he leído en ningún otro tratadista—, que el olor de las axilas parece tener en Francia muchos partidarios. La *cocotte* francesa adopta sistemáticamente una postura en el acto del coito para que el hombre pueda poner la nariz en el hueco del sobaco, y a veces le propone lo haga. Añade que en los bailes más libres de París, y sobre todo en primavera. "se ve a muchos hombres oliendo las axilas a sus parejas de baile".

Sinceramente, en esos bailes a que el autor alemán se refiere, no he tenido ocasión de advertirlo, y eso que procuré comprobar sus asertos. En cuanto a la prostitución francesa, refinada, limpia y cuidadosa, tampoco mis investigaciones dieron por resultado la confirmación de lo que Bloch afirma.

Así pues, en los tiempos modernos, los perfumes y el baño parecen haber atenuado la influencia erótica de los olores emanados de la secreción sudorífica "en el instante del coito", aunque hemos de admitir que primitivamente constituyese esa secreción un elemento biológico preponderante que poco a poco ha ido relegándose a un

plano secundario y de escaso prestigio sexual, puesto que los perfumes modernos, repetimos, llenan esa función.

Un célebre investigador, el profesor Fliess, desarrolló muy interesantes estudios acerca de la estrecha dependencia que existe entre el olfato y los órganos genitales, ya que en las aletas de la nariz, y en su parte inferior, casi externa, existen ciertos focos genitales que se hinchan al sentir el individuo incentivos sexuales. Las impresiones olfativas en el momento del coito tienen importancia suma; pero más se advierten cuando son desagradables que cuando pueden significar un motivo de grata expresión. Cuando son desagradables, pueden representar para el individuo tanto como un elemento de aversión, pero si resultan gratas, pocas veces se erigen en excitante primordial de la sexualidad.

Acerca de los fenómenos de la función del sistema circulatorio, tenemos, en primer lugar, las dilataciones y contracciones de los vasos sanguíneos de todo el cuerpo, lo que produce que la palidez y el rojo subido alternen en sus expresiones. En la esclerótica, o sea la parte blanca de los ojos, también se acusan más destacados los pequeños vasos sanguíneos, prueba del gran aumento de presión sanguínea, puesto que el corazón trabaja con mayor potencia y rapidez.

Sobre el estado físico durante el coito, Roubaud, ya citado, hizo una descripción que puede estimarse clásica, al lado de la cual han resultado bastante deficientes las que intentaron hacer otros autores con una infortunada pretensión de originalidad.

En referida descripción dice: "Hácese más rápida la circulación, las arterias palpitan fuertemente, la sangre venosa, detenida por la contracción muscular, aumenta el calor general, y este estancamiento, más pronunciado en el cerebro por la contracción de los músculos del cuello y la posición hacia atrás de la cabeza, causa una congestión cerebral momentánea, durante la cual se pierde la inteligencia y las facultades todas se suspenden. Los ojos, fuertemente inyectados, se extravían, y la mirada es incierta, o en la mayoría de los casos ciérranse espasmódicamente para evitar el contacto de la luz. La respiración es anhelosa; a veces se interrumpe, y puede quedar suspendida por la contracción espasmódica de la laringe, y el aire, comprimido durante algún tiempo, se emite, por último, en palabras truncadas y sin sentido."

Desde luego, las manifestaciones reseñadas van aumentando a medida que progresa la excitación y la tensión erótica, las cuales al-

canzan su punto más elevado en el preciso instante anterior a la producción del orgasmo, para ir descendiendo y reduciéndose pausadamente al ceder la excitación.

La excitación, como ya hemos dicho, se manifiesta en los órganos de la copulación por un aumento de erección del pene en el hombre, y del clitoris y los bulbos vestibulares en la mujer. Ahora bien, cuando se trata de hombres de cierta edad cuyos vasos sanguíneos cerebrales son débiles, puede suceder que esa congestión cerebral, normal en las personas fuertes y en pleno vigor sexual, se traduzca en el anciano en un ataque de apoplejía que suele ser mortal en una triste mayoría de los casos.

Tampoco deja de ser interesante el estudio de los fenómenos musculares o de la actividad motora en dicho estado, puesto que en él participa todo el sistema, pero sin dejar de tener en cuenta que esos fenómenos circulatorios de que acabamos de hablar están íntimamente relacionados, en su mayor parte, con los fenómenos motores involuntarios.

Ya hemos estudiado, al hablar de la tumescencia, en qué consiste la secreción de las glándulas genitales de los dos sexos, por lo que consideramos innecesario insistir sobre tal aspecto.

La actividad motora es la esencia del impulso sexual o de la detumescencia, ya que actúa de mecanismo directo en la expulsión del contenido de la celdas espermáticas. Dice Ellis que la tendencia a una actividad difusa de los músculos involuntarios se demuestra muy bien con la contracción de la vejiga unida a la detumescencia. Mientras esto ocurre en ambos sexos, en los hombres la erección produce un obstáculo mecánico a la evacuación de la vejiga, lo cual puede comprobar todo hombre si intenta efectuar la micción inmediatamente después del acto sexual e incluso a continuación de haberse masturbado. En resumen, puede decirse que los músculos voluntarios de la vejiga sufren una atonía momentánea a continuación del orgasmo, cualquiera que haya sido el agente provocador del fenómeno.

En la mujer, en cambio, sucede todo lo contrario: no sólo produce el acto grandes deseos de orinar, sino que muchas veces la vejiga puede vaciarse espontáneamente. También la risa o un momento de terror pueden producir idénticos efectos, especialmente en el hombres y más aún en los niños. Entre el vulgo existe un dicho que afirma este fenómeno: "orinarse de risa". También es conocido otro: "defecarse de miedo"; pero no profundicemos en el estudio de tales fenómenos, por salirse de la esfera de nuestro estudio.



Mujeres de Zulandia

En Usipebu, a cuya región pertenecen estas mujeres, existe la convicción arraigada, desde los más remotos tiempos, de que las secreciones testiculares y ovarianas tienen el milagroso poder de producir en el organismo enérgicas resistencias, no sólo en lo que se refiere a la sexualidad, sino también en la prolongación de la existencia. Después de los sangrientos combates que estas tribus libran con sus enemigos, los cadáveres de los combatientes son desprovistos de las glándulas testiculares, que, después de sometidas a un procedimiento de desecación, se convierten en polvo, que ingieren mezclado con otras "medicinas" vegetales. También extraen los testículos de los animales que cazan. Pero el remedio más eficaz, según ellos, es la ingestión de licor seminal, en lo que suelen disolver los polvos obtenidos de las glándulas testiculares.

LAMINA VII



DERVICHE PERSA

Estos médicos-sacerdotes están convencidos de que el licor seminal administrado a un enfermo o a un débil sexual tiene la virtud de restituir las fuerzas perdidas por la enfermedad o los abusos.

LAMINA VIII

Un tratadista dice que la tendencia a temblar, a agarrotarse la garganta, a emitir gases internos y a otros fenómenos semejantes asociados ocasionalmente con la evacuación de las glándulas sexuales o con la producción del orgasmo, son debidos también a la difusión de las referidas perturbaciones motoras. En la misma infancia, los síntomas motores de la excitación sexual son las pruebas más evidentes del orgasmo; así, el doctor West, al describir la masturbación de un niño de ocho meses, que practicaba el roce de las caderas, dice que, estando sentado en una silla alta, se agarraba a los brazos de ésta, se ponía rígido, frotaba sus caderas rápidamente varias veces, y después volvía en sí con un suspiro, cansado, sudoroso, confundiéndose estos actos, que duraban uno o dos minutos, con ataques epilépticos. (J. P. West, *Masturbación en la infancia.*)

Acerca del carácter completamente motor del placer sexual, Féré ha realizado profundas y curiosas investigaciones, sobre todo en lo que se refiere a la "intoxicación erótica", que aparece como resultado de una fuerte excitación sexual. Dicho autor habla de un hombre de herencia neurótica, a quien a veces sucedía que la excitación sexual, en vez de culminar en el orgasmo normal, llegaba a su máximo en un ataque de excitación muscular irresistible: bailaba, cantaba, gesticulaba, trataba duramente a su pareja, rompía los objetos que tenía a su alcance, y caía, por último, exhausto.

Roubaud, en su descripción de los fenómenos del coito, que interrumpimos deliberadamente, agrega: "Los nervios, comprimidos, no dan más que confusos impulsos. El movimiento y la sensibilidad muestran un desorden indescriptible; los miembros se estremecen convulsivamente y a veces, hasta con calambres, se agitan en todas direcciones o se estiran y tornan rígidos como barras de hierro; las mandíbulas, fuertemente apretadas, hacen rechinar los dientes, y algunas personas llegan, olvidándose de todo en su delirio erótico, a morder hasta hacer brotar la sangre del pecho o los hombros, que imprudentemente se le han abandonado.

"Este estado de frenesí sexual, esta epilepsia y este delirio duran generalmente muy corto tiempo; pero así y todo, lo suficientemente largo para agotar las fuerzas del organismo, sobre todo en el hombre, en el que esta hiperexcitación termina por una pérdida seminal más o menos abundante."

Ahora bien: los movimientos específicamente sexuales son mucho más importantes que los fenómenos de carácter general, aunque son, desde luego, completamente involuntarios. Desde el principio mismo

de la detumescencia se hace sentir la actividad muscular, y los músculos periféricos del sexo, según Kobelt, actúan como un corazón periférico sexual. En el hombre, estos movimientos son muy sencillos. Es preciso que el semen salga de las vesículas seminales, sea llevado a través de la uretra en combinación con el flúido segregado por la próstata, y, por último, sea inyectado con cierta fuerza por el orificio uretral. Bajo la influencia del estímulo producido por el contacto y fricción de la vagina se lleva a cabo este proceso, principalmente por las contracciones rítmicas del músculo bulbo-cavernoso, y el semen es emitido en un chorro que puede alcanzar una distancia que oscila entre unos cuantos centímetros y un metro, y más aún.

Todas las contracciones adquieren antes y durante el orgasmo un carácter espasmódico. El ejemplo más claro lo encontramos en los movimientos involuntarios de los músculos oftálmicos; esto es, de los ojos, y de los párpados, signos que evidencian un orgasmo inminente.

Los fenómenos de carácter muscular específicamente sexuales se presentan en la mujer más complejos e inciertos que en el hombre, pues si en éste, por lo general, dada su naturaleza, dichos fenómenos pueden ser comunes a todo el género, en la mujer, en virtud de la mayor difusión de su esfera sexual, de su menor excitabilidad, los signos del orgasmo aparecen más velados y raramente unidos a esos ademanes bruscos y fuertemente significativos de la más honda emoción erótica, como sucede en el hombre.

Hay que partir de la base de que la investigación de estos fenómenos en la mujer resulta bastante más difícil que en el hombre; pero, esto no obstante, los estudios realizados permiten, hasta la fecha, hacer una exposición bien completa del asunto.

Ellis, el más profundo psicosexólogo de nuestros tiempos, consiguió realizar curiosísimas investigaciones valiéndose de los informes de numerosos colegas de todo el mundo, y sus trabajos han servido de base a todos los autores que posteriormente efectuaron estudios en este sentido.

En la mujer, antes de que se efectúe el orgasmo completo, pueden observarse a intervalos, nunca de una forma continua, ciertas contracciones rítmicas de las paredes vaginales, lo que, según dicho autor, "parece tener por objeto estimular y armonizar al mismo tiempo los movimientos que están a punto de empezar en el órgano masculino. Parece que estas contracciones rítmicas son la exageración de

un fenómeno que es normal, lo mismo que la contracción ligera es normal y constante en la vejiga."

El fisiólogo Dembo observó que en los animales, el estímulo de la pared superior anterior de la vagina produce una contracción gradual del útero, que se yergue merced a una fuerte contracción de su fibra muscular y de sus ligamentos, y, a la vez que desciende hacia la vagina, su cavidad disminuye cada vez más y se escapan las mucosidades. "Al relajarse, dijo Aristóteles hace siglos, aspira el flúido seminal."

Dice Ellis que aun cuando la activa participación de los órganos sexuales femeninos en encaminar el semen hacia la matriz, en el momento de la detumescencia, es, pues, creencia muy antigua, y se armoniza con la idea griega de que la matriz era un animal que vivía en el cuerpo y estaba dotado de una gran actividad, la observación más minuciosa de los tiempos modernos no ha aportado sino escasa confirmación de la realidad de esta participación. Las observaciones que se han hecho han sido, por lo general, resultado de excitaciones sexuales y de orgasmos ocurridos durante algún reconocimiento ginecológico.

No obstante, ha podido comprobarse que en la mujer el útero se acorta, haciéndose más ancho y suave durante el momento del orgasmo, descendiendo más abajo y con el orificio uterino abierto, como si realmente quisiera aspirar el semen, por lo que un antiguo tratadista dijo "que el útero puede compararse con un animal que busca aire".

No es cierto, como han pretendido sostener diversos autores, que el placer sexual se produzca en la mujer en el momento de emitirse las secreciones, ya que en la tumescencia e incluso bajo los efectos de una excitación erótica, aunque la mujer sepa que no ha de ir seguida del coito, las paredes vaginales se cubren de mucosidades abundantes. Otros han creído que el orgasmo se verificaba en el mismo instante de producirse las contracciones genitales rítmicas a que hemos aludido anteriormente; pero lo cierto es que aún no existen pruebas fidedignas de ambos asertos.

Fisiólogos muy célebres han pretendido aclarar esta cuestión, pero, sinceramente, las conclusiones han carecido siempre de firmeza, por lo que puede decirse que es bien poco lo que en este aspecto se ha progresado para aclarar el problema.

Acerca de la constricción y dilatación de la vulva bajo la influencia de la excitación sexual, puede decirse que no es un fenómeno

involuntario, puesto que estas contracciones y dilataciones se efectúan por la mujer a capricho. Se afirma que en Abisinia las mujeres adoptan cierta postura en el coito que las permite, con sólo los movimientos de sus músculos vaginales, coger el órgano masculino y producir la eyaculación, aun permaneciendo el hombre pasivo.

Según Lorion, los annamitas y birmanos, adoptando la postura normal en el coito, introducen el pene estando aún flácido, o apenas erecto, y que la contracción de las paredes vaginales completa el acto. Hay que tener presente que entre estos hombres el pene es muy pequeño. (Lámina VI.)

Muchos ginecólogos sostienen que el estado de vaginismo, el cual se caracteriza por la contracción espasmódica de los músculos de la vagina y que hacen el coito doloroso e imposible, es sólo una exageración morbosa de la contracción que normalmente ocurre en la excitación sexual. Aun faltando esta excitación, existe una afección, que se da lo mismo en las casadas que en las solteras, que está caracterizada por un estremecimiento o encogimiento de la vulva. Puede añadirse que el estremecimiento de los músculos glúteos se verifica también durante la detumescencia, y que los médicos indios lo consideraban como una indicación del deseo sexual en la mujer, independientemente del coito.

Durante un reconocimiento ginecológico posterior a una sesión de diatermia, lo que indudablemente produjo en la enferma una acentuada excitación sexual, el joven y prestigioso tocólogo doctor Narciso de Fuentes, observó esa constricción y dilatación de la vulva en una mujer que ya había llegado a la menopausia o época de la supresión de las reglas, cuando la mujer deja de ser apta para la reproducción, pero que, no obstante, puede experimentar un notable aumento de la tensión sexual. El fenómeno, según el testimonio autorizadísimo del doctor Fuentes, ha podido observarlo repetidas veces, en mujeres desprovistas en absoluto de toda tara neuropática.

En otro orden de la actividad muscular, hemos de analizar la expresión del individuo durante el estado de detumescencia. Dice Ellis "que la expresión del rostro está caracterizada por un alto grado de energía en los hombres y de hermosura en las mujeres." Y añade: "En este momento, cuando está a punto de realizarse el acto culminante de la vida, llega el individuo, por lo tanto, a su supremo estado de radiante belleza. Acentúase el color; los ojos se agrandan y brillan; pónense en tensión los músculos faciales, de modo que en las personas maduras desaparecen las arrugas y retorna la juventud."

No obstante, esto es inadmisible en términos generales. Por lo común, es posible que esa grata expresión del semblante se manifieste en tales aspectos, pero en muchos individuos sucede lo contrario: las facciones se tornan angulosas y duras, frías, antipáticas, y, en resumen, feas. Yo he oído decir a una prostituta que en cierta ocasión en que logró cohabitar con un hombre que era de su agrado, bien parecido, simpático y de trato agradable, experimentó un verdadero momento de terror al ver la expresión de ferocidad que iba acentuándose en el rostro de su amante ocasional a medida que aumentaba su excitación sexual, profiriendo, además, gritos inarticulados.

Una joven recién casada se negó a efectuar el acto con su marido por idénticos motivos, en la primera noche de bodas. La buena táctica de él hizo que la esposa desechase tan pueriles temores, pero al cabo de mucho tiempo, en que por exigencia de ella efectuaron el acto a oscuras. En virtud de una detenida información que pude realizar con prostitutas, me convencí de que la opinión valiosísima de Ellis estaba sujeta a muy abundantes excepciones.

Cuando el orgasmo se inicia, esto es, cuando los fenómenos de la tumescencia tocan a su fin, los rasgos de la fisonomía sufren alteraciones muy notables, lo que ha de traducirse por una expresión general de ansiosa receptibilidad de las impresiones sexuales. Estando, por mi parte, persuadido de que no hay mejores fuentes de información respecto a estos detalles que las que pueden ofrecer las prostitutas al investigador que logra captarse su fácil confianza, siempre he recurrido a estas mujeres en demanda de datos precisos, que, a decir verdad, siempre me fueron altamente valiosos. Algunas de cierta cultura y educación me sirvieron de eficacísimos auxiliares en mis investigaciones, y al efecto, siempre hube de conceder a sus testimonios una importancia indiscutible, ya que, por otra parte, son las mujeres que con más frecuencia ven desfilar a hombres distintos, de todas las educaciones y hasta de todos los países.

Según una joven polaca que conocí en Buenos Aires, la expresión del rostro de sus amantes variaba según la nacionalidad a que pertenecían, pero sin distinción alguna de calidad social. Como dato curioso, copio de mis observaciones en este sentido una parte de las referencias que me facilitó la joven en cuestión:

Un marino dinamarqués, de veinticinco años. Rubio, bien parecido, de tez blanquísima. Poco antes de producirse el orgasmo, la falta de función de las glándulas salivares le obligaba a abrir la boca y sacar la lengua, seca y ardiente, que movía de izquierda a derecha.

Sus ojos, de ordinario expresivos y dulces, parecían salírsele de las órbitas en una expresión de terror. Mi informadora decía que nunca más hubiera aceptado las caricias de aquel hombre.

Un argentino, treinta y cinco años, fuerte y de trato agradable. Al iniciarse la detumescencia se le afilaban las facciones de tal forma, "que la recordaba a un cadáver que vió siendo niña". Todos sus miembros adquirían una rigidez enorme, y la boca se le torcía de una forma que no logró imitar, en estado normal, a los requerimientos de la joven en cuestión.

Un turco, comerciante, de cuarenta años. Se le desorbitaban los ojos, cuyos globos adquirían una constante y rápida movilidad. Otros tres individuos de la misma nacionalidad que conocía íntimamente, "adquirían en el momento del orgasmo una fealdad horrible".

Un inglés. Como casi todos los que había conocido, su rostro permanecía inalterable, aunque con los ojos cerrados. Los italianos solían morderse el labio inferior, algunos hasta saltar sangre. Por lo general, permanecen silenciosos desde que empieza hasta que termina el acto. De los españoles decía que casi todos acompañaban el acto de palabras groseras o cariñosas, siempre en contraste, por lo que no la era muy fácil deducir el grado de educación. Afirmaba, por último, que cuanto más apasionados eran los hombres, más feos se tornaban en virtud de los fenómenos motores del orgasmo.

Otra me dijo que los asiáticos, por lo general, ejecutaban el acto sin que en su rostro pudiese advertirse la menor alteración de la expresión ordinaria.

Mas, a pesar de todo, esa belleza de que nos habla Ellis puede advertirse, ahora en términos generales, en los individuos que acaban de satisfacer los anhelos de su impulso sexual, belleza que se acentúa en las mujeres con caracteres más destacados.

Un tratadista, al analizar los signos de la satisfacción sexual, coincide con mis afirmaciones al decir lo siguiente: "La dilatación de las pupilas, la expansión de las ventanillas de la nariz, la tendencia a la salivación y a los movimientos de la lengua, todo contribuye a formar un conjunto que indica que se aproxima la satisfacción de los deseos sexuales."

Ahora bien, lo que no dice es si todos estos signos forman una ecuación estética, o, por el contrario, afean la expresión del semblante, que es lo que yo estimo más frecuente. Tales fenómenos, desde luego, no se producen en la mujer. No puede decirse que tal opinión pueda fundamentarse en el tópico gastado de que "el amor es

ciego", ya que existen mujeres enamoradas que no titubean al decir que sus amantes "se ponen muy feos" en esos momentos. En otro caso, puede suceder que la mayor calma de la mujer la permita realizar estas apreciaciones que, por su mayor excitabilidad, no puede advertir el hombre. No obstante, debo rechazar esta teoría. En cierta ocasión, hablando con un colega de este punto concreto, me dijo "que el hombre no es capaz de poder apreciar dichos detalles, porque es todo sexo". Pero yo creo que la explicación no es esa: como quiera que la dilatación de las pupilas constituye un síntoma innegable, ello produce fotofobia, es decir, horror a la luz, por lo que los ojos suelen permanecer cerrados. Por otra parte, puesto que la mayor tonicidad muscular lleva los ojos hacia adentro, éstos padecen un momentáneo estrabismo, esto es, "se tuercen los ojos", y... tampoco es posible ver lo que sucede. Pero, aparte disgresiones más o menos extrapélicas como la anterior opinión, digamos, desde luego, que todas las mujeres ganan en belleza en el instante del orgasmo sexual.

En un estudio titulado *La emoción de la alegría,* el doctor Dearborn describe la expresión del rostro durante el acto sexual, diciendo que los ojos se hacen más brillantes y se levanta el párpado superior, lo mismo que las cejas, las ventanillas de la nariz se dilatan, se hinchan las mejillas, y en algunos individuos, las orejas tienden a inclinarse hacia adelante. Todos estos detalles pueden constituir un conjunto nada agradable.

También suele acentuarse la sensibilidad olfativa, especialmente en las mujeres, así como el oído. Van de Velde dice, que en contradicción manifiesta con la capacidad aumentada de los órganos sensitivos, se halla el hecho de que, un individuo que tiene una fuerte excitación sexual, no responde, por regla general, a impresiones que en otro estado le producirían las recciones más violentas. La persona capaz de entregarse por completo durante el acto genésico, puede soportar las impresiones más fuertes, hasta sufrir dolores sin sentirlos, ya que "no quiere sentirlos". Aunque la hipersensibilidad de sus sentidos aumenta dichas impresiones, no consiente, sin embargo, que se manifiesten, ya que excluye todos aquellos momentos que se oponen a su impulso de satisfacción.

Por lo que hace a los detalles psíquicos de este proceso, un psicólogo escribe lo que sigue en una comunicación dirigida a Havelock Ellis: "No he dado nunca en mis lecturas con ninguna tentativa de análisis de las sensaciones que acompañan al orgasmo, y como yo he hecho bastantes intentos para hacer yo mismo este análisis, adjunto

los resultados, por si pueden tener algún valor. He comprobado mis resultados lo mejor posible, comparándolos con la experiencia de algunos amigos míos que cohabitan con frecuencia y han querido decirme cuanto podían acerca de la psicología del proceso.

"El primer hecho que indico es la importancia de la presión. Como dice pintorescamente uno de mis informantes, "cuanto más estrecho mayor es el placer". Esto coincide también con el unánime testimonio de ellos, según el cual las sensaciones placenteras son mucho mayores cuando el orgasmo ocurre silmultáneamente en la mujer y en el hombre. El análisis de mis informantes raramente va más allá de esto; pero algunos observan que las sensaciones propias del orgasmo parecen comenzar cerca de la raíz del pene o en los testículos, y que difieren cualitativamente del cosquilleo que las precede.

"Este cosquilleo, creo yo, está producido por la fricción del glande contra las paredes vaginales, y está completado por otras sensaciones derivadas de la uretra, cuyos nervios se estimulan por la presión de las paredes vaginales y del esfínter. La sensación específica del orgasmo comienza, a mi modo de ver, con una fuerte contracción de los músculos de las paredes uretrales a lo largo de todo el canal, y se sienten en forma de dolor especial que parte de la base del pene y que rápidamente se difunde por la totalidad del órgano. Esta sensación llega a su máximo con la expulsión del semen en la uretra y la consiguiente sensación de distensión; que va inmediatamente seguida de contracciones rítmicas de los músculos uretrales, que marcan el límite máximo del orgasmo."

Como verá el lector, nada nuevo hemos visto en la exposición de los *detalles psíquicos* que intenta hacer dicho informador del insigne tratadista, el cual, por su parte, tampoco se extiende en más importantes consideraciones sobre el caso, por lo que puede decirse que sólo conocemos el mecanismo "puramente físico" de la detumescencia; esto es, la actividad motora de músculos y glándulas.

No obstante, por experiencias propias y referencias de amigos de ambos sexos, es relativamente posible hacer un cuadro, aunque incompleto, de las impresiones puramente psíquicas que pueden percibirse durante el acto sexual.

Una mujer que a toda costa quería ser madre, y que llevaba tres años de matrimonio estéril amén de cierto comercio extraconyugal que realizó con ese exclusivo fin, me manifiesta que antes de efectuar el coito ni se acordaba siquiera de su ansiedad vehemente, pero que en el momento en que se iniciaba en ella el orgasmo, poco intenso,

ero muy prolongado, la idea del hijo ocupaba por entero su imaginación por haber oído decir que "pensando en ello en tal momento podía quedar embarazada mejor que en otras condiciones". Asegura que el placer no lo encontraba precisamente en el roce del miembro viril sobre sus órganos, "sino en el deleite de pensar en que un día podríese acariciar al hijo", o, mejor dicho, "en la creencia de que en ese momento lo estaba besando y acariciando", tomando como símbolo el cuello del hombre que yacía con ella. Esta mujer empezó a masturbarse muy joven.

En este caso nos encontramos con la enorme importancia desempeñada por los recursos psíquicos, mucho mayor que la de los excitantes físicos que se la presentaban completamente inútiles. Por otra parte, en cierta ocasión en que besaba y acariciaba al hijo de una amiga experimentó fuerte excitación sexual que la hizo desear las caricias de un hombre. Huelga decir que esta mujer padecía cierta afección neuropática, aunque en su vida de relación pasase por estar perfectamente equilibrada.

Por lo general sucede, y ello en ambos sexos, que en el instante preciso del orgasmo se olvida el individuo de que posee o es poseído por la persona que le inspira los más fuertes anhelos amorosos. A este efecto, un compañero, buen psicólogo sexual, me decía "que en ese instante, si ello fuera posible, no le importaría el cambio de la mujer más bella por la más horriblemente fea. De esta misma opinión participa la inmensa mayoría de las mujeres de quienes he inquirido tales informes.

Desde luego, cuando la excitación es normalmente intensa, quedan abolidas en absoluto todas las facultades intelectivas, y el individuo retorna a su más típico primitivismo animal. En este aspecto singular, la civilización no ha conseguido operar la modificación más mínima, y la misma conducta se observa entre las personas de mayor intelectualidad que entre los salvajes de los pueblos primitivos más alejados de todo centro de civilización.

Un autor llamó al coito "la muerte chiquita". En efecto, no cabe expresión más gráfica para definir ese solemne momento de la vida sexual. Por esto precisamente, como no es posible supeditar la energía del instinto al afán de las facultades volitivas, de ahí que, sinceramente he de confesarlo, nuestras investigaciones personales no sean capaces de ilustrarnos completamente en estos extremos, puesto que, a pesar de todo, no es posible dejar de ser... hombre, o mejor dicho, "macho".

En cambio, la mujer puede, hasta cierto punto, analizar con más fidelidad sus propias emociones eróticas. Ello sucede en virtud de su naturaleza, no más fría, ya lo hemos dicho, pero sí más tranquila. Por otra parte, está en condiciones de adoptar una actitud completamente pasiva con pocos esfuerzos psíquicos que realice para conseguirlo, y, en otro caso, como ya veremos en el próximo volumen, titulado *La intensidad del placer*, por la circunstancia de que el deleite es en ella menos acentuado que en el hombre, aunque mucho más prolongado, y, por lo tanto, no es bastante para producir la abolición absoluta de todas las energías intelectuales, como ocurre en su compañero. Los médicos japoneses especializados en sexología, han logrado aportar resúmenes más completos de estas emociones, y ello porque, a no dudarlo, a excepción de entre los europeos, en la raza amarilla, en Polinesia, Oriente y la India, la detumescencia se opera con bastante mayor lentitud, lo que se debe, en parte, al deliberado propósito de prolongar el acto, y, además, al menor eretismo nervioso o excitabilidad psíquica que poseen estas gentes, en comparación con los occidentales, de temperamento más ardiente o impulsivo, por mejor decir.

VENTAJAS E INCONVENIENTES DEL COITO

BIBLIOTECA DE JUAN BRAVO Y CANO

Cuándo no perjudica el coito.—Cansancio.—Un enfermo que se cura.—La descarga nerviosa.—La máxima felicidad.—La psique, fundamento de la perfección sexual.—Importancia fundamental del elemento amor.—Influencia del coito en la mujer. El semen.—La ingestión de los productos testiculares y ovarianos.—La magia.—Un caso curiosísimo. Los persas.—La muerte después del coito.—Trastornos graves.—"Coitus reservatus" y "coitus interruptus".

Ya hemos dicho anteriormente, al referirnos a la higiene de la vida sexual, cuál debe ser la frecuencia de la práctica de las relaciones carnales; pero sin que ello quiera decir que exista una base científica en que poder afirmar prescripciones y consejos, de los que, a pesar de todo, los individuos no llegan a hacer caso. Bueno es que el instinto tenga frenos sociales, morales o convencionales; pero cuando con el matrimonio, con la intimidad, esos frenos quedan reducidos a su expresión mínima, no es tan fácil saber cuándo el contacto sexual es beneficioso ni cuándo puede tener un límite prudente.

Vamos a prescindir, por lo tanto, de emitir más opiniones en ese sentido, y nos ocuparemos de los deleites sensuales en su influencia sobre el organismo, según las condiciones del individuo y hasta de la predisposición en que su temperamento le sitúe para la práctica de la sexualidad.

Ahora bien, si en lo que a la frecuencia de los contactos se refiere, no ha sido posible establecer cánones invariables, en aquello que afecta a la influencia del orgasmo en un método normal de satisfacción, ya es posible hablar con mayor certidumbre y hasta definir todos los caracteres que contribuyen a fijar claramente sus ventajas e inconvenientes, lo que, justo es decirlo, supone una continuación de la parte en que nos referíamos a la higiene de la práctica sexual.

Ya hemos visto cuáles son los diversos fenómenos que se operan en el organismo en el proceso de la tumescencia y la detumescencia; esto es, la predisposición y la satisfacción, lo que exige del individuo un esfuerzo considerable que debiera traducirse por un estado de fatiga, de cansancio, de gran decaimiento muscular, glandular, nervioso, etc., así que el acto hubiese llegado a su fin. Tal suma de esfuerzos, en otro sentido, produciría todas esas consecuencias; pero, en este aspecto, la naturaleza es tan sabia, que lejos de producir tan perniciosos efectos, se convierte en una relajación de plácido bienestar, de complacencia, de honda satisfacción en suma, de la que participan los cónyuges por igual, tanto en el aspecto corporal como en el psíquico.

No obstante, el cansancio relativo producido por el acto, que más se acusa en el hombre que en la mujer cuando los orgasmos no han sido más de dos, no es a causa de los esfuerzos musculares que hubo necesidad de poner en juego para completar el mecanismo, sino esencialmente por la labor desarrollada por los centros nerviosos. Pero después de tales esfuerzos, sucede una sensación de grato bienestar tan sugestiva como los preludios de la unión sexual. Entonces se hace necesario un descanso, no muy largo, sin necesidad de que sea completado por el sueño, y al cabo de ese tiempo ambos cónyuges advertirán una euforia nueva, una alegría beneficiosa, una calma evidente que se traduce en un acopio de fuertes energías para la realización de todas las actividades naturales.

Esa leve sensación de fatiga que parece dejar al individuo exhausto de fuerzas, será tanto más intensa cuanto más acentuada haya sido la tensión erótica o más violenta la descarga nerviosa. A este efecto dice Van de Velde, que el primer factor explica, pues, por sí mismo, las razones del por qué un coito, realizado de modo tranquilo, llevado a cabo en breves momentos, sin preliminares que tanto excitan, producirá mucho menos cansancio que el acto genésico, ejecutado con técnica refinada, entregando el alma entera, con la máxima pasión amorosa. El segundo factor se traduce en consecuencias más acentuadas, porque hay que tener en cuenta que desde el momento en que se inicia el juego de excitación, empieza también el desgaste. Esto explica con toda claridad el hecho de que precisamente la mujer, cuya excitación va desvaneciéndose más paulatinamente que en el hombre, no llega a experimentar nunca el mismo grado de fatiga que su compañero, y puede encontrarse dispuesta antes que éste a repetir el acto, sin que el cansancio la rinda hasta el punto de desear

...sueño como elemento imprescindible para reparar las fuerzas per-...

...Afirma un sexólogo, que, no obstante, la sensación de fatiga y ...relajación después del acto sexual, jamás se presenta con caracte... demasiado acentuados, manifestándose solamente por cierto de... de dormir. Solamente en el caso de frecuentes repeticiones del ...smo, lo que hemos de considerar poco normal, o bien por haber ...ido antes un cansancio de otro origen, se exterioriza la fatiga ...n agotamiento relativo.

En el caso de un hombre o una mujer complacientes que desean ...facer a su cónyuge después de haber quedado él satisfecho, un ...bajo muscular en tales condiciones puede traducirse en una ver... sensación de fatiga, tal que si hubiese realizado un trabajo de ...género distinto, pero para el que fuese necesaria la misma acti...d muscular.

Mas para demostrar hasta qué punto obra la inteligente Natura..., diremos, que el cumplimiento normal de las funciones sexuales ...lleva consigo ni él más mínimo elemento capaz de perjudicar o ...var el estado de un cuerpo enfermo, ni en el hombre y, menos ..., en la mujer, los cuales pueden quedar plenamente satisfechos ...sus anhelos eróticos. Y a propósito de enfermedades, se me ocu... citar un caso curiosísimo del que tuve detallado conocimiento.

Un amigo mío, estudiante de Medicina, padecía con frecuencia ...rtes ataques neurálgicos que le postraban en el lecho. Sus pesados ...lores de cabeza no le desaparecían sino durmiendo, para lo que ...veces provocaba el sueño recurriendo a débiles narcóticos. No obs...te, comprendiendo que aquel tratamiento terminaría por perjudi...rle, prefirió sufrir las molestias del trastorno nervioso antes que ...currir al relativo poder beneficioso de las drogas. En la pensión ...nde nos hospedábamos servía una criolla de fuerte temperamento ...xual, como suelen ser estas mestizas, la cual estaba enamorada de ...i colega, pero sin que él llegase a interesarse demasiado por los ...ncantos de la muchacha. En cierta ocasión, hallándose él en el lecho ...n su habitual dolor de cabeza, ella entró a llevarle un vaso de agua. ...ero el caso se complicó, a pesar de la neuralgia, y la mestiza salió ...tisfecha de la alcoba del compañero.

Y el efecto, al decir de él, fué inmediato; el dolor desapareció ...rmiéndose rápidamente. Al siguiente día nos manifestó que había ...scubierto "una droga" de más eficiente y grato poder narcótico

que la morfina, a la que no tendría inconveniente en recurrir en lo sucesivo...

El hecho tiene una explicación bien sencilla: la causa de la neuralgia puede ser una especie de acumulación de carga nerviosa que hay que eliminar. Y el mejor procedimiento, en este caso particular, consistió en efectuar la descarga por medio de la función sexual.

Este mismo muchacho de que hablo decía que para curarse cualquier dolor nervioso, como el de muelas, por ejemplo, no encontró medio mejor que el que se hallaba en la práctica de la sexualidad. Por otra parte, son muchas las observaciones efectuadas por tratadistas y por otras personas de cierta intelectualidad, coincidentes en afirmar la innegable utilidad de la descarga sexual normal, magnífico sedativo en la excitación de todas las expresiones orgánicas.

Pero bien: estimo que es pueril insistir sobre los beneficios que al organismo reporta el coito ordenado, la práctica sexual prudente y metódica. La parte difícil del problema está en saber cuál es el límite del instinto y dónde está el terreno de la lujuria, de la exaltación del impulso sexual, de la práctica inmoderada de los deleites carnales.

Van de Velde, en su ensayo titulado *La fase final del coito*, dice textualmente: "Pocas gentes habrá que nieguen que la sensación máxima de felicidad y de dicha que es dable hallar a los seres humanos, se encuentra en esos instantes sublimes en que los amantes, noblemente enamorados, aprovechan el momento de reposo que necesariamente ha de suceder a la satisfacción del impulso sexual plenamente conseguida. Pero entonces no se ha conseguido todo; todo, no se ha logrado: mucho más que el éxtasis del deleite común tan ideal, une a los amantes el estado delicioso que cristaliza en una absoluta ausencia de deseos, procedente de la satisfacción inagotable de sus más ardientes anhelos, cuando, descansando uno en los brazos del otro, ceden a la natural necesidad de reposo y sueñan despiertos lo que han gozado, sintiendo plenamente que sus almas aún rebosan de deleite, aunque la unión de los cuerpos ya no exista por no ser necesaria a esta bella eclosión de los espíritus insaciados."

Naturalmente, para el acto sexual específico, no puede ni debe de haber otro complemento de diferente naturaleza que aquél que se contiene en el amplísimo recinto de la espiritualidad, de la sensibilidad, de los sentimientos más puros.

Para esto, hemos de repetirlo siempre, no hay más firme garantía que la que emana del verdadero amor, de la más franca predisposición psíquica de los amantes. Muchos hombres piensan, y, lo que es peor, en voz alta, que el matrimonio no les interesa, que el amor carece de atractivos, que no existe, que no es más que un bello sueño... Y creen que el mejor sustitutivo de la sexualidad normal desde el punto de vista espiritual y clásico, se encuentra en el trato con prostitutas, con mujeres fáciles, con aquellas que se entregan sin más complicaciones sentimentales. Y esto evidencia un error tremendo que no podemos admitir más que como síntoma demostrativo de una mala orientación en el camino de la psicosexualidad.

El coito que tan beneficioso resulta cuando se practica con una mujer a la que el hombre está unido por estrechos vínculos espirituales, por el verdadero amor, por un deseo que es tanto del alma como de los sentidos, no sólo es más fácil, más completo y más rico en emociones de toda índole que el que se practica con prostitutas, sino que ni desgasta ni cansa ni quita salud espiritual ni física.

Ahora bien: salvo raras excepciones, aparte de los males que la prostitución lleva consigo, como son las enfermedades venéreas, los excitantes que por su profesión estimulan a usar, la influencia antiestética del ambiente, etc., el hombre se ve en el trance de tener que hacer un acopio de energías psíquicas desproporcionado al tiempo y al espacio entre sus contactos sexuales. Ha de "enamorarse de repente" de su amante ocasional, a la que, por lo general, nunca vió en su vida hasta ese momento. La aceleración de los mecanismos que intervienen en el proceso psíquico de la tumescencia hasta llegar al proceso físico detumescente, no siempre se realiza con normalidad ni puede ser completo tampoco.

En estas condiciones, dígase cuanto se quiera, el hombre no logra la completa satisfacción de su sexualidad más que en el aspecto animal, y ello de manera muy relativa, puesto que no es posible disociar los elementos psíquicos de los de orden exclusivamente fisiológico. Muchas veces se atribuye la impotencia sexual precoz e incluso los desórdenes de la perversión, al abuso de los placeres sexuales. Pero, a mi juicio, este diagnóstico necesita de muy serias y meditadas aclaraciones. Yo he conocido a hombres que antes de contraer matrimonio hicieron una vida ordenada, satisfaciendo su sexualidad con la frecuencia debida. Después, con su propia esposa, experimentaron un aumento de tensión, hasta el extremo de realizar el coito a diario y más de una vez. No obstante, alcanzaron edades avanzadas, sin que decayese su potencia genital y sin que su salud ni la de su esposa sufriesen el menor quebranto.

¿Pero por qué razón? Pues, simplemente, porque esos impotentes de quienes hablo, arrastraron una vida sexual sin amor, sin alicientes psíquicos normales, sin contar con las defensas del espíritu. Las excitaciones del psiquismo fueron así, violentas, fortuitas, obligadas: hubo un desgaste nervioso enorme a consecuencia de esos verdaderos traumatismos, y sobrevino el agotamiento irreparable traducido en la impotencia o en el afán de gustar los placeres anormales, último reducto de su vida de anormalidad, de su evidente degeneración. Mas en el casado, en el amante enamorado, no puede ocurrir lo mismo: las excitaciones se suceden con una normalidad que pudiéramos llamar matemática, precisa, ordenada. Su vida sexual no habrá sido por esto menos sugestiva y encantadora: la sugestividad y el encanto habrán sido menos ruidosos, más humildes si se quiere, pero más ricos en emociones inéditas, en expresiones íntimas de más belleza, de más continuada identificación erótica con su compañera...

Honorato de Balzac, el célebre autor del *Catecismo conyugal*, libro que yo haría de texto entre las jóvenes gentes educadas, decía: "El talento del marido debe consistir en saber aprovechar con habilidad los matices del deleite amoroso, desarrollarlo, darle nuevo estilo y prestarle un modo propio de expresión. Entre dos seres que no se aman, tal talento significa libertinaje; pero las caricias y las demostraciones amorosas que nacen del amor, jamás son inmorales."

Esto es posible dentro del matrimonio, de la unión espiritual y física de dos amantes, y sus beneficiosas influencias son causa de esa salubridad que hace del amor un poema. Pero fuera de esa unión legítima—y decimos *legítima* por ser consecuencia de la evolución normal del elemento psíquico, esto es, de la libre elección—, o sea en el libertinaje (1), todas esas bellezas delicadas, no tienen cabida y el hombre, ya satisfecho, al no preocuparse más de la mujer que ha poseído, no sabe hasta dónde puede llegar la prolongación de los deleites espirituales, no solo para la satisfacción de la mujer, sino como complemento de su propio deleite (2).

Luego la práctica del coito, ya hemos visto que no produce los mismos resultados en todos los casos, y ello porque no nos resigna-

(1) Véase el volumen anterior, donde el autor realiza un interesante estudio acerca del amor libre y del libertinaje.

(2) En el volumen siguiente titulado *La intensidad del placer*, encontrará el lector la explicación correcta de estos métodos esenciales para el sostenimiento de la erótica, como base de la armonía sexual.—(Notas del editor).

...a transigir por las definiciones de algunos tratadistas, que consideran el acto de la procreación igualmente normal, ya sea ejecutado con la existencia de todos los componentes psíquicos, como ocurre cuando hay amor, que con su ausencia, como por lo general sucede practicando el comercio sexual con prostitutas u otras mujeres desvinculadas espiritualmente. Ahora bien, salvo los peligros que encierran las dolencias sexuales, siempre que el amor sea la determinante del comercio carnal, tan beneficioso se produce el acto realizándolo con una prostituta que como con otra mujer que no lo sea.

Si los buenos resultados de la vida sexual armónica son muchos, no son menos, por desgracia, los males que pueden derivarse, no digamos de los excesos, sino de una conducta prudente, aunque, claro es, sólo en determinadas circunstancias, que trataremos de analizar con toda la extensión posible. Antes hemos de referirnos a la influencia del coito en el organismo de la mujer, sujeta, aunque en menos proporción que el hombre, a diversas modificaciones en todo su ser.

Hemos de partir del principio afirmativo de que las relaciones sexuales ejercen sobre la mujer una influencia más favorable que en el hombre, siempre que no vayan seguidas de embarazo, en cuyo caso corre de estar sujeta a los naturales trastornos que lleva consigo tal estado, trastornos que son de orden físico y también psíquico, los cuales ocuparán nuestra atención en el volumen correspondiente. Hemos de prescindir ahora de un análisis en este sentido, y sólo nos referimos a los trastornos que pueden operarse en ella, precisamente por temor al embarazo.

No cabe duda que la mujer no adquiere su forma completa hasta que no ha empezado su vida sexual de una manera correcta. Entonces se advierten en toda ella diversas modificaciones que la embellecen y rejuvenecen, dando a su aspecto un nuevo vigor, una presencia más agradable y completa: es que ya desempeña una de las más nobles funciones para que fué creada.

Un detalle muy importante que no debo dejar de consignar es el que se refiere a las molestias que en algunas mujeres produce la menstruación. Algunos tratadistas, entre ellos Van de Velde, al que cito por considerarle como uno de los más insignes, sostienen que estas molestias que a veces alcanzan las proporciones de una verdadera enfermedad periódica, desaparecen con la práctica de la vida sexual: y ello no es exacto. Aunque en contados casos las modificaciones anatómicas producidas por la práctica de la sexualidad pue-

se en una modificación de las funciones fisiológicas, e
no es frecuente que los trastornos periódicos desapare
que no haya habido fecundación", ya que, en la ma
s casos, esos dolores obedecen a la excesiva reducción d
canal cervical del útero, que siempre se dilata al expulsar el pr
ducto de la concepción, o, de otra forma, recurriendo a la interve
ción del ginecólogo con el fin de practicar la dilatación del condu

Lo mismo que la pubertad se manifiesta por signos múltiples, a
la vida sexual lleva consigo para la mujer muy notables modificac
nes, en el sentido de transformar su aspecto más o menos infant
en otro más completo, más acabado, más "de mujer". Ahora bie
al llegar a este punto nos encontramos con la dificultad de no sabe
de una manera absoluta, cuáles factores son los que producen es
transformaciones durante la actividad sexual de la mujer.

La causa de tales modificaciones no está solamente en la rep
tición del orgasmo y a consecuencia del aumento de flujo sanguín
pues suponiendo a una joven que se entregue a la masturbación si
experimentar los deleites normales, se observará un aumento d
las proporciones de sus órganos sexuales, especialmente el clítoris
los pequeños labios, pero el resto de su cuerpo permanecerá en e
mismo estado sin adquirir el desarrollo proporcional correspondient
que es lo que sucede en la práctica normal de los deleites del sexo.

Un motivo de esos cambios, de esa nueva estructura, de esa nue
belleza que convierte a la doncella en mujer, está en la influencia ben
ficiosa del semen masculino, cuya absorción por parte de la muje
se traduce en los fenómenos de un cambio acentuado, en las excele
cias de una vida nueva física y moralmente considerada.

Se ha discutido muchísimo la influencia del semen, o, mejor aú
de los jugos testiculares, en el organismo de la mujer. Se ha compro
bado, en efecto, sin que de ello quede lugar a dudas, que el semen
ingerido obra como un eficaz estimulante, por lo que es fácil suponer
que ejerza la misma virtud en la mujer que lo recibe en su vagin
en el contacto sexual normal.

Las mucosas vaginales poseen un enorme poder de absorción
como se ha demostrado por medio de diversos experimentos. U
médico rumano, el doctor Toffi, afirmó que debido a esta influencia
es cómo las jóvenes débiles y anémicas se tornan robustas y sana
después del matrimonio, perdiendo la tendencia nerviosa a la timide

No obstante, no es acertado suponer que el benéfico influjo d
coito en las mujeres tenga como única base la absorción de las sub

...cias seminales, como lo prueba el hecho de que aun tomándose
...ecauciones para evitar el contacto del semen, a fin de impedir la
...ecundación, esos cambios se operan de manera igualmente notable.
...l, pues, hemos de admitir que ello es debido a la asociación íntima
...todos esos factores de la vida sexual.

Hace ya medio siglo, el notable biólogo Brown Séquard estudió
...éxito indudable la acción de los productos testiculares, demos-
...ando que su ingestión en estados de debilidad y senilidad, actúa
...mo estimulante y tónico. Desde luego, sabiendo que los ovarios
...exactamente iguales a los testículos, está probado hasta la sacie-
...d que el extracto ovariano puede ser medicina tan valiosa como
...productos testiculares. De todos es conocida la *ovarina*, en sus
...ctos beneficiosos en los casos de anemia y de perturbaciones debi-
...a la menopausia artificial, amén de otras enfermedades. No obs-
...te, hay autores que atribuyen su influencia a la sugestión, que
...empeña en estos casos.

Luego si estas secreciones glandulares son tan útiles administra-
...como medicamento, lógico es creer que aún resultarán sus efectos
...cho más beneficiosos cuando se segregan naturalmente y penetran
...la corriente circulatoria del cuerpo. Haller dijo a mediados del
...o XVIII que el esperma acumulado en las vesículas seminales va
...rar a la sangre, produciendo la barba y el cabello, lo que, natu-
...mente, no ocurre en los eunucos. Así, pues, se aproximó a la
...rina moderna de la influencia de los jugos de secreción glandular.
Entre los aborígenes australianos, cuando la potencia genital de-
...se acostumbra a administrar a los débiles y también a los mori-
...dos cierta cantidad de licor seminal en el que se mezcla polvo
...testículos de macho cabrío. Se dice que también se practica este
...amiento entre los habitantes de Zululandia, hecho que intentó com-
...bar un médico inglés que pereció en la demanda, asesinado por
...s indígenas. No obstante, las informaciones que existen parecen
...ostrar que en otros tiempos, australianos y zulús, pese a la gran
...ancia que les separa, conocían la influencia de las secreciones tes-
...lares, por lo que era costumbre cortar los testículos a los ene-
...os que caían en el campo de sus contiendas, a fin de desecar las
...ndulas y administrarlas después en polvo. (Lámina VII.)

Havelock Ellis dice que "el estímulo producido por la inges-
...del semen parece ser, en muchos casos, parte de la atracción que
...ce la *fellatio*, o sea la sucesión por la mujer del miembro viril
...hombre hasta provocar la eyaculación, cuyo producto ingiere". El

célebre marqués de Sade insiste en este punto en algunas de sus obras, y el doctor Howard cita un caso en el cual el semen ingerido por una mujer parecía haber actuado como estimulante de los placeres sexuales, ya que sólo de este modo lograba la mejor disposición para la detumescencia.

En los tratados de la magia antigua se encuentran con frecuencia claras alusiones a estas prácticas, aunque no se funden en verdaderas observaciones de los efectos fisiológicos producidos por la ingestión del semen o de los testículos.

No es preciso remontarse a los tratados de magia antigua para comprobar la supervivencia de tales teorías. En España, Italia, Francia y Portugal subsisten aún estas creencias. Pero no hace falta alejarse mucho de Madrid, donde escribo las presentes páginas, para conocer de un caso, bien reciente, cuya narración puede escucharse de labios de los ingenuos habitantes de casi todos los pueblos de la sierra de Guadarrama.

El caso, según mis informadores, es el siguiente: En un pueblecito próximo a la estación de Villalba, a pocos kilómetros de Madrid, se pusieron en relaciones dos jóvenes, las cuales duraron algunos años. Al cabo de algún tiempo riñeron, y pese a las reiteradas súplicas de él, la muchacha se dispuso a contraer matrimonio con otro hombre. El primer amante recurrió a todos los procedimientos en su verdadera locura de amor, más nada le dió resultado. Por último alguien le indicó el remedio más eficaz, arraigado en la creencia de las gentes serranas como infalible.

Al efecto, siguiendo las indicaciones aludidas, preparó un "filtro de amor", que, al decir de quienes me lo relatan, consistió, simplemente, en impregnar en su semen unos caramelos. El dia antes de la boda el enamorado ex novio se aproximó a la muchacha rogándole que aceptase el pequeño obsequio, el último que le hacia, lo que ella no tuvo inconveniente en aceptar. Y se dice que a la hora de la ceremonia ella se negó rotundamente a pronunciar el "sí" de ritual, pareciendo inexplicable tal conducta, ya que estaba muy enamorada del qué todos creían que sería su marido. El suceso se hizo célebre en toda la Sierra, pues el matrimonio se retrasó en tanto que la novia fué traída a Madrid para ser reconocida por los médicos. En esta parte, ignoro en qué consistiría el tratamiento, pero al cabo de algún tiempo se curó y contrajo matrimonio con el seguido novio, pues el autor del "filtro" dicen que puso tierra de por medio.

Sinceramente, no creo en tan fuerte influencia físico-mágica. Pero lo que no me cabe la menor duda es que en esos pueblos serranos no hay medio de buscar otra explicación al hecho, que es lo que principalmente interesa demostrar, más que nada, como coincidencia con las antiguas creencias que pueden comprobarse en otros países, y a las que aluden con cierto detalle cuantos autores se han ocupado de la materia.

En algunos tratados religiosos de los siglos XV, XVI y XVII, como en el Penitencial de Burchard, "se imponen siete años de penitencia a las mujeres que se traguen el semen de sus maridos para que éstos las amen más". En el siglo XVII, como lo demuestra la dispensa de William Salmon, todavía se creía que el semen era bueno para evitar las brujerías y también que era utilísimo en calidad de filtro amoroso, empleo que aún se le da entre las gentes de la bahía de Cornwalles.

La creencia, fundada tal vez en la experiencia, de que el semen posee virtudes curativas y estimulantes se fortaleció, sin duda, con la antigua opinión de que la fuente de este flúido era la medula espinal. Esto no solo lo sostenían las autoridades científicas más altas de Grecia, sino también las de la India y Persia. En este último país, relativamente civilizado, la costumbre continúa en su arraigo primitivo. Según me refiere un viajero, el *derviche* persa, una mezcla de sacerdote y curandero, prescribe en todos los estados de debilidad o de impotencia sexual la ingestión de semen. Hay derviches, ya ancianos, cuya potencia genital la atribuyen al empleo de los métodos que con tanto interés recomiendan a sus fieles. (Lámina VIII.)

Modernamente tales teorías y prácticas se rechazan entre las gentes cultas, pero, esto no obstante, desde el punto de vista científico, no es posible negar la gran influencia que en el organismo ejercen esas secreciones.

Volviendo a referirnos a las modificaciones experimentadas por la mujer en virtud de los efectos favorables del coito, diremos que el aspecto psíquico recibe más directamente tales influjos, pues la hace madurar dotándola de un perfecto equilibrio.

Esta influencia no se refiere sólo a la totalidad de los actos que entran en la composición de la vida sexual, sino que también se encuentran idénticos resultados en cada acto genésico aislado. Dice un autor que la cópula de evolución normal produce, corporal y psíquicamente, en la mujer sana, una influencia vivificadora y refrescante, aunque en el caso en que la excitación haya sido muy prolon-

gada e intensa, con la repetición de frecuentes orgasmos, es fác
que en vez del bienestar se produzca la fatiga y el cansancio, tan
físico como psíquico. En una mujer en la cual este estado de rela
jamiento se prolongue durante un día, ello equivale a un aviso d
la Naturaleza de que el abuso se ha consumado, debiéndose reprimi
los impulsos al objeto de evitar daños más graves.

Por lo general, en las mujeres sanas y normales, dada su relativa
actitud pasiva ordinaria, que en algunos casos puede ser completa
no se producen dichos males por la sencilla razón de que hallándose
satisfecha, nada más puede desear. Todo depende de su constitución
y de su temperamento. Los límites, no obstante, son muy variables
en cada mujer y hasta en una misma, por lo que tampoco es posible
dictar reglas adecuadas.

Los males que el hombre está sujeto a sufrir son muy varios.
Teniendo en cuenta que la convulsión orgánica y la excitación mo
triz son muy acentuadas, puesto que equivalen a una violenta con
moción del organismo, es lógico comprender que los trastornos, en
ciertas condiciones, alcancen caracteres de gravedad suma. Ello pue
de observarse no sólo en el hombre, sino entre los animales también.
Toros, caballos, asnos y hasta leones, han sufrido un prolongado
desmayo después del acto de la reproducción. En los cerdos es muy
frecuente observar dichos trastornos, y también se han visto yeguas
caer muertas, como fulminadas por una descarga eléctrica, al ex
perimentar el orgasmo genésico.

En el género humano, como observa Bryan Robinson, y espe
cialmente en los hombres, y esto porque la mujer está protegida por
una mayor lentitud en la evolución del proceso erótico, suelen ocurrir
inmediatamente después del coito, no solamente perturbaciones y ac
cidentes, sino hasta la muerte, lo que es debido a la excitación vas
cular y muscular.

Un autor dice lo siguiente, sin que sus afirmaciones puedan esti
marse exageradas; que los desmayos, los vómitos, la incontinencia de
orina y la defecación, se han observado en los hombres jóvenes des
pués del primer coito. Otras veces se han presentado ataques epilép
ticos y otras ha ocurrido la ruptura del bazo y otros órganos. En los
hombres de edad madura las arterias, incapaces de resistir la alta
presión de la sangre, han dado lugar a la hemorragia cerebral seguida
de parálisis o de muerte.

Estos peligros son mucho más evidentes en los ancianos, en los
cuales, la excitación producida por el orgasmo cohabitando con mu

...es de gran temperamento sexual, ha producido a veces la muerte.
...o obstante, y sirva ello para tranquilidad de los lectores que se
...cuentren en tales condiciones, tales resultados no suelen ser muy
...munes, sobre todo cuando se tienen en cuenta las elementales pres-
...ripciones de la higiene sexual. Desde luego, un hombre de cierta
...dad, debe abstenerse de practicar el coito cuando el estómago está
...upado o en plena digestión de los alimentos.

Por último, vamos a referirnos a los males producidos por el
...ito a consecuencia de una práctica incompleta del mismo: esto es,
...oitus interruptus y el *coitus reservatus*.

El primero es aquel acto en el que el hombre "se retira" antes
...experimentar el orgasmo y, por lo tanto, de producirse la eyacu-
...ción, lo cual se efectúa ordinariamente con el fin de impedir la
...cundación.

Algunos autores estiman que el mayor daño lo sufre el hombre,
...ás yo no estoy de acuerdo con esa creencia, ya que el hombre, de
...na forma más o menos incómoda, termina por experimentar el or-
...asmo eyaculando los productos de secreción testicular. Pero la mu-
...er puede sufrir perturbaciones nerviosas bastante destacadas, ya que
...epentinamente se interrumpe el mecanismo de fricción que normal-
...ente había de llevarle a la detumescencia. No puede compararse
...ste hecho con el caso en que el hombre eyacule antes de que la
...ujer experimente el orgasmo, puesto que no tratándose de una
...epentina flacidez del pene, el mecanismo puede continuar a poco que
...lla recurra a los medios de que dispone.

El doctor Kisch sostiene que las irregularidades en la realización
...el acto sexual son causa especial de perturbaciones en la circulación,
...y al efecto refiere el caso de una pareja que practicaba el coito en
...sa forma, empezando la mujer a padecer ataques que Kisch calificó de
"neurastenia cardíaca", consistente en palpitaciones diarias o a inter-
...alos más largos, con sensaciones de ansiedad, dolor de cabeza, vérti-
...os, debilidad muscular y tendencia a desmayarse. En resumen, con-
...sidera el *coitus interruptus* como causa de varias perturbaciones car-
...íacas en la mujer. Ahora bien; si observamos que el coito se prac-
...tica en estas condiciones abundantemente, hay que pensar que las
consecuencias no son tan nocivas como se creyó hace años, y especial-
...mente por un médico, el doctor Damm, quien creyó, ni más ni me-
...os, que a esta mala conducta sexual había que atribuir la total de-
...generación de la raza.

El *coitus reservatus* tiene por objeto mantener el acto carnal por

parte del hombre, sin experimentar el orgasmo, hasta que la mujer pueda darse por satisfecha. De aquí se infiere que esta clase de comercio, lejos de ser perjudicial para la mujer, la es altamente beneficioso. Mas para el hombre esta práctica está erizada de dificultades a veces invencibles, a no ser que posea el dominio psiquico suficiente para alejar su pensamiento del acto que realmente está ejecutando, y llevándolo a otra parte. En hombres de temperamento nervioso, débiles y eréticos, esta práctica puede refutarse de absolutamente imposible.

Cuando se logra esta difícil habilidad, en el hombre obra un efecto perjudicial pasajero sobre el sistema nervioso. Las investigaciones más recientes han aportado la conclusión de que solo produce resultados nocivos en individuos de constitución neuropática.

Teniendo en cuenta que esta modalidad del coito se refiere esencialmente a la prolongación del placer sexual, hemos de tratarlo con cierta amplitud en el volumen próximo, en cuyo título encaja perfectamente.

INDICE

Páginas.

PROLOGO DEL TEMA... 5

ANALISIS DEL TEMPERAMENTO

Constitución y temperamento.—Glándulas de secreción interna.—Mayor subordinación de la mujer. Inestabilidad tiroidea.—Diferencias con la histeria. Las suegras.—Masculinización de la mujer.—Las toaletas deportivas.—Un caso.—La iniciación precoz: ventajas e inconvenientes.—Cuidado con las nodrizas.—Niñas iniciadas por hombres.—Contrastes bruscos.—La mujer sentimental y el hombre egoísta... 7

LA SENSIBILIDAD DE LA MUJER

Aspectos de la sensibilidad.—La anestesia sexual. El blanco y la flecha.—La esfera sexual femenina. Catorce zonas erógenas.—El erotismo de las locas, como prueba de mayor sexualidad.—Diferencias de apreciación.—La masturbación, causa de anestesia. El alma femenina.—Lo que ellas no comprenden. Matemáticas... 21

SIGNOS EXTERNOS DEL TEMPERAMENTO SEXUAL

Morenas y rubias.—Errores de apreciación.—El vello y el cabello.—El caso de atavismo de Julia Pastrana. Caracteres sexuales secundarios.—Las españolas.—Los invertidos.—Seducción.—Opiniones de los antiguos fisonomistas.—Casos curiosos.—Los pequeños de estatura.—La criminalidad y el temperamento sexual. Dilatación pupilar.—Diferencias del impulso.—Los rubios son más ardientes.—La distancia de los tiempos... 31

TECNICA DEL COITO

Deleite y temperamento.—Principio del coito.—Su mecanismo.—Diversas expresiones del acto sexual.—Cómo se produce el orgasmo.—Carácter de las excitaciones.—Transformaciones de los genitales femeninos.—Recursos mecánicos secundarios de excitación.

Páginas.

Movimientos.—Vaginales y clitorianas.—Utilidad e inconvenientes de las posturas.—Reseña y discusión. Las acrobacias de los salvajes... 45

LOS DIVERSOS FENOMENOS DEL COITO

Procesos fundamentales.—Olores durante el coito.—Casos.—Estado físico.—Diversas actividades.—La risa y el miedo.—Intoxicación erótica.—Sistema nervioso.—Actividad de la mujer.—El útero.—Presentación del orgasmo.—Signos de la excitación.—El rostro. Expresiones repulsivas. — Mis investigaciones. — La mujer embellece.—Detalles psíquicos.—El afán de ser madre. — Imposibilidad de pensar. — Occidente y Oriente... 61

VENTAJAS E INCONVENIENTES DEL COITO

Cuándo no perjudica el coito.—Cansancio.—Un enfermo que se cura.—La descarga nerviosa.—La máxima felicidad.—La psique, fundamento de la perfección sexual.—Importancia fundamental del elemento amor. Influencia del coito en la mujer.—El semen.—La ingestión de los productos testiculares y ovarianos.—La magia.—Un caso curiosísimo.—Los persas.—La muerte después del coito.—Trastornos graves.—"Coitus reservatus" y "coitus interruptus"... 75

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I

Sensualidad y deporte... 16

LAMINA II

Julia Pastrana... 17

LAMINA III

Signos del temperamento... 32

LAMINA IV

Leila Hyams, rubia de la "Metro"... 33

LAMINA V

Muchacha zulú... 48

LAMINA VI

Belleza birmana... 49

LAMINA VII

Mujeres de Zululandia... 64

LAMINA VIII

Derviche persa... 65